

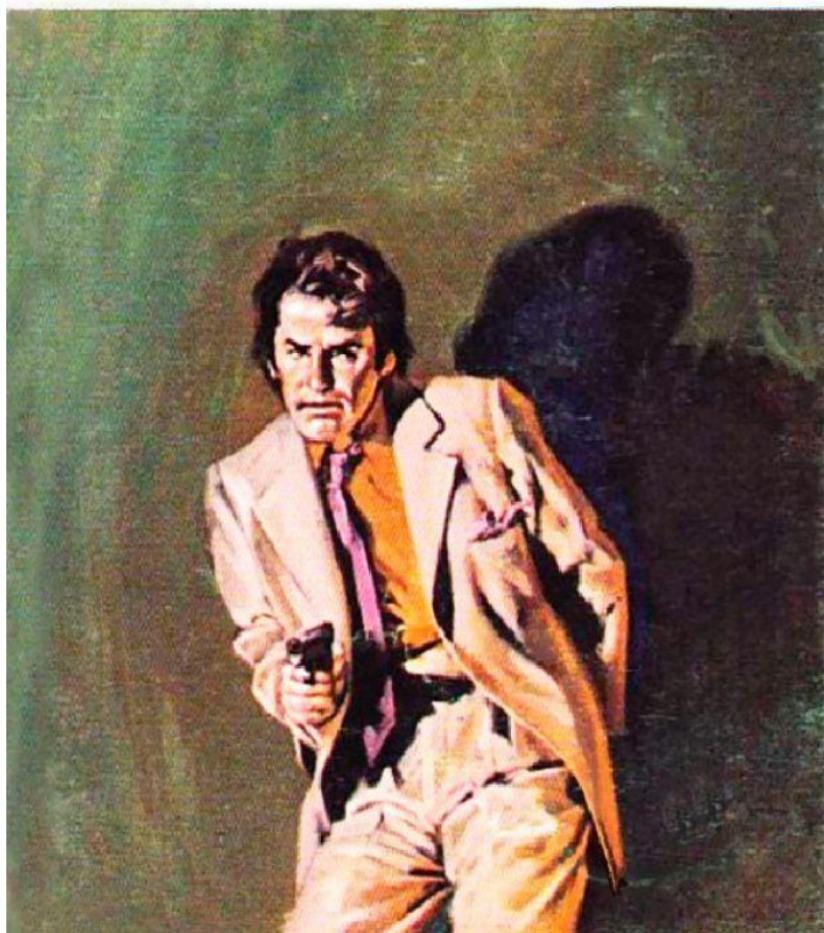
BOLSILLOS BRUJERÍA

PUNTO

ROJO

MURO DE SOMBRAS

Curtis Garland



COLECCION

PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

MURO DE SOMBRAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 830
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 1.198 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1978

© Curtis Garland - 1978
texto

© Alberto Pujolar - 1978
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.434 — Ventana a la noche.

En Colección PUNTO ROJO:

824 — La noche en que se apagó Nueva York.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

PRÓLOGO

Duele la herida.

Duele mucho. Además, sangra en abundancia, a pesar de cuánto hice por evitarlo y contener la hemorragia.

Noto la sangre empapando mi camisa, bajo la chaqueta liviana, clara, que pronto dejará ver el rojo de la mancha, en cuanto ésta toque el tejido de verano, fresco y ligero, de color *beige*.

Hace mucho calor aquí, en las azoteas de los edificios. Deben ser esos malditos luminosos que parpadean alrededor mío, que me hacen mil guiños de colores en la noche, los que irradian tanto calor.

De todos modos, es una noche calurosa. Muy calurosa. Hace bochorno, humedad. Y el aire huele a sulfuro, como si pronto fuese a descargar una tormenta sobre la ciudad.

Eso refrescaría mucho el aire y le haría respirar mejor a uno. Pero a mí, ¿qué diablos me importa ya eso, después de todo? Ni siquiera voy a salir vivo de esta noche. Ni sé lo que va a durarme la vida, con esta bala metida en el cuerpo, con la sangre escapando por mi herida, con esta debilidad que se apodera por momentos de mis piernas, de mi cuerpo todo. E incluso de mi cerebro.

Estoy sudando. Resulta un contrasentido, pero a pesar del tremendo calor que me sofoca, ese sudor es frío. Y pegajoso. Debe ser el sudor de la muerte. O, cuando menos, el de la agonía, lenta y terrible.

No puedo pedir ayuda a nadie. No puedo recurrir a persona alguna. Debo dejarme morir, maldita sea. Como una rata. Como una alimaña.

Ni siquiera sé cómo he podido llegar aquí, a estas alturas. Mirar abajo produce vértigo. Son paredes verticales de metal, vidrio y ladrillo. Decenas y decenas de pisos hasta el asfalto de la calle, cruzado por millares de ruidosos vehículos y por personas

perezosas, que deambulan enjugándose el sudor en esta bochornosa noche de verano, asfixiados por los muros de cemento y concreto de la gran urbe, de esta sucia ratonera gigante que es Nueva York...

Y yo, aquí. En las azoteas. Entre respiraderos, chimeneas, vapores de la calefacción, antenas colectivas de televisión, anuncios luminosos gigantes, entre cuyas luces parpadeantes parezco sin duda una diminuta polilla, cegada por el resplandor, atraída por la llama.

El final para las polillas es siempre el mismo: la llama la abrasa. Eso terminará por sucederme a mí.

Pero al menos, aquí no me busca nadie. Ni la policía... ni el asesino.

Ninguno de ellos se imagina dónde estoy ahora. No sé a quién temer más. Si los policías dan conmigo, tirarán a matar posiblemente. Ni siquiera me escucharán. Si es esa otra persona quien me encuentra... el final no será muy diferente.

Yo le estorbo. Yo sé demasiado, aunque no tenga pruebas para demostrar absolutamente nada de nada. Yo soy la persona a quien se debe destruir. Sea como fuere.

Si al menos pudiera llegar allí, a aquellas otras luces que se ven allá, en ese otro edificio, alto y vertical como una aguja que tratase de perforar el cielo...

Desde aquí, a través de los luminosos de una bebida de cola y de una marca de cigarrillos, cuyas intermitencias de luz y color me ciegan y me aturden, me es posible ver las grandes letras rojas, las iniciales visibles desde todo Manhattan, que señalan el emplazamiento de las instalaciones.

Parece cercana, pero, sin embargo, está tan lejos...

Sobre todo, para un hombre herido, acosado, desesperadamente lanzado a una lucha sin remedio.

Las letras son legibles, Yo sé lo que significan, como lo sabe todo neoyorquino medio. Pero para mí significa algo más que para todos los demás ciudadanos. Mucho más. Para mí no es simplemente el anagrama de una gran cadena de televisión. Para mí, esas iniciales, IATB, significan quizá la última esperanza, el resquicio final que se abre en las tinieblas de mi vida.

La IATB...

Tan familiar, tan unido a mi propia vida... Independent Atlantic

Televisión Broadcasting...

Allí están las oficinas, los departamentos de producción, publicidad, diseño, material, programación... E incluso algunos de los sets utilizados en programas de gran difusión, particularmente comerciales. El set de grabación de vídeo, el de publicidad y concursos...

Conozco todo ello como mi casa. Es mi propia casa, y ahora, es mi última esperanza. La única.

Está enfrente de este rascacielos en cuya azotea me encuentro. Justo enfrente, al otro lado de la calle. Pero me separa ese abismo profundo, repleto de ruidos, de luces y de gente, bien ajena al drama que aquí arriba se desarrolla.

Ese abismo que yo no puedo salvar en modo alguno, porque no soy un *Superman* ni ninguno de esos absurdos héroes de los telefilmes. No tengo medios de llegar. Y no tendría tiempo de bajar a la calle, cruzar la calzada, entrar en el edificio. Allí, además, sería inmediatamente reconocido por el conserje de noche, por los vigilantes de la emisora, si es que las patrullas policiales que rondan por ahí, buscándome, no daban antes conmigo.

No, no puedo hacer nada, absolutamente nada por intentar llegar y ocultarme de alguna forma en la emisora de televisión, intentando ganar tiempo, esperar, hacer algo, lo que fuera...

De repente, me fijo en eso que hay al lado del edificio donde me encuentro. Son andamios, escaleras al vacío, pisos sin terminar... Un edificio en construcción, un simple esqueleto de hormigón y acero, todavía por rellenar.

Pero no es el edificio en sí lo que ha llamado mi atención, no. Es algo más. Mucho más. Es... eso que cuelga de entre las vigas y columnas. Esa enorme, larga cadena con un garfio al final. Un brazo metálico emerge, donde la cadena termina. Es una grúa para subir materiales a las plantas altas.

Una locura, lo sé. Cualquiera diría que soy un suicida, un necio. Pero el que está en mi situación, no vacila. No duda. Se lo juega todo a una carta. Porque, a fin de cuentas, ¿qué me queda por perder?

Nada en absoluto. Ni siquiera la vida, porque ya está virtualmente perdida. No, no importa cometer locuras. Vale más morir así, luchando por intentar algo, que dejarse matar

estúpidamente.

Llego al final de la azotea, donde enlaza casi con la edificación en obras. Hay una pequeña diferencia entre un edificio y otro, un angosto patio profundo, a cuyo final me espera la muerte, si caigo.

A pesar de mi debilidad, salto sobre el vacío, aferrándome la parte herida. Ya está saliendo la sangre por el hilo de mi chaqueta, poco a poco, dejando una mancha oscura que se va agrandando. No importa.

He saltado. Y milagrosamente he caído al otro lado, en el suelo sucio de polvo y de cemento aún blando y húmedo. Me incorporo con un jadeo. La herida aún me duele más, sudo copiosamente, y noto que la sangre fluye con más abundancia.

Me acerco, tambaleante, a la cadena de la grúa. La verdadera locura viene ahora. Nadie en su sano juicio haría lo que yo voy a hacer. Pero no se me puede pedir que esté en mi sano juicio en las actuales circunstancias. Nadie puede pedir tanto a un hombre.

Tomo la cadena, y dificultosamente, atraigo el garfio, que sujeto fuertemente a mi cinturón, a mis ropas, quedándome colgado de ese enorme y curvo metal puntiagudo que sirve para cargar y descargar materiales de construcción. Luego, empiezo a retroceder por la plataforma del piso en obras, llego hasta su final, tomando impulso.

Luego, echo a correr a la desesperada... y salto al vacío.

Salto a unos cuarenta pisos de altura, sobre la calle, sobre la ciudad. Una vorágine de luces y edificios gira bajo mi cuerpo, como atrayéndome fatalmente. Oigo crujir mis ropas, mi cinturón se pone tenso, chirría el cuero, cruje la hebilla, mi cuerpo bailotea en el vacío, sujeto por la cadena, cuyo garfio, si se desprende, me dejará caer hasta la calle, donde me haré papilla.

Pero lo he logrado. Las locuras, a veces, salen bien. He caído, el impulso pendular de la larga cadena, en la azotea del edificio de la IATB.

Rápidamente, noto que la cadena tira de mí, que trata de volver a su posición normal, arrastrándome consigo de nuevo al vacío. Me aferró a los soportes metálicos que sujetan las enormes letras luminosas.

Siento como si desgajaran mis brazos, pero soporto la presión, porque no puedo hacer otra cosa. Si me suelto, es la muerte cierta. El cinturón no soportaría otra presión brutal. Ni la oscilación de la

cadena sería suficiente para devolverme a la otra azotea. Quedaría colgando en el vacío, hasta que cediera el cinturón y me fuese al vacío.

La cadena reduce su presión lo suficiente. Con una sola mano, mientras me sujeto desesperadamente a la maraña de hierros, suelto la hebilla de mi cinturón y desgarró la camisa.

La cadena se va. El garfio se lleva mi cinturón, pero me deja a mí allí, jadeante, sujeto aún a las letras fulgurantes del edificio de la televisión, milagrosamente vivo todavía...

No sé cuánto tiempo paso allí, notando que mi camisa y mi chaqueta se empapan por momentos de sangre. Respiro hondo, voy recuperando la serenidad, trato de pensar fríamente.

Dentro de la emisora hay un botiquín, lo recuerdo bien. Abajo hay incluso médicos y un quirófano para urgencias, pero no puedo bajar a pedir ayuda. Es mejor buscar el botiquín aquí arriba, en los últimos pisos del edificio, los menos vigilados, los que yo mejor conozco...

Tengo que entrar en el edificio. No va a ser difícil. Sé el terreno que piso.

Me he recuperado algo. Abandono el soporte de la trama de hierros que sustentan las cuatro gigantescas letras luminosas. Recorro la azotea y llego a una vidriera en sombras que da a esa azotea. Rompo un vidrio, tras cubrirme la mano con la chaqueta enrollada. Luego, introduzco la mano y encuentro la falleba, franqueándome el acceso.

Entro en el oscuro corredor, bordeado de paneles de vidrio esmerilado. Esto ya me es totalmente familiar: archivos de vídeo, montaje de filmes de 16 mm, control de emisiones en color...

Dejo atrás todo eso. El edificio de la televisión es, por la noche, un oscuro laberinto vacío. Sobre todo, a estas horas de la madrugada, pero nadie queda allí a las tres y media, como son ahora.

Tengo suerte. Uno de los botiquines está justamente después de la sala de control para color. También rompo el vidrio y entro sin problemas.

Solamente pierdo unos minutos en lavar mi herida con alcohol, ponerme un tapón con yodo y antibióticos en polvo, y un fuerte vendaje que rodea mi cuerpo, evitando la hemorragia y

proporcionándome un evidente alivio. Luego, un trago de un frasco de un tónico nervioso, completa mi cura de circunstancias.

Cuando abandono el botiquín, me siento ya algo mejor, aunque todavía me tambaleo y el sudor empapa mi rostro, mis manos, humedeciendo las axilas de mi chaqueta y parte de la espalda.

Ahora ya sé adónde tengo que ir. Es mi única posibilidad. No de sobrevivir, porque eso lo veo difícil, pero sí de intentar que los demás sepan lo que realmente ha sucedido. Eso va a ser algo que el asesino no podrá evitar. Quiera él o no, voy a dejar una confesión completa. Y quizá original.

Ya he llegado. Me detengo en la penúltima planta, a la que me ha conducido una escalera interior. Una puerta encristalada anuncia:

MATERIAL DE VIDEO

Prohibido el paso

Sonríó amargamente. A estas alturas, un simple rótulo no me puede prohibir a mí absolutamente nada. Otro vidrio roto, y de nuevo el pestillo abierto sin dificultades. Entro en la sala, y elijo una cinta de *videotape* en su estuche, tras comprobar que es virgen y tiene la duración apetecida.

Salgo con ello, caminando con precaución, hacia la planta inferior, donde ya es más peligroso maniobrar, porque cualquiera podría verme o escucharme, si llega lo bastante cerca.

Es la planta destinada a estudios o sets publicitarios y de concurso. Aquí se graban muchos programas en vídeo, para retransmitir en diferido, o se hacen programas de actualidad en directo, según los casos.

La puerta no es esta vez un problema. Es metálica, acolchada, pero nadie cierra con llave la puerta de acceso a un set de televisión. Allí no hay nada valioso. Sólo las cámaras, alguna que otra grúa, las luces y el decorado, casi siempre fácil de cambiar, hecho a base de paneles de escayola o madera, montados para la ocasión.

Cierro tras de mí, y camino por el estudio. Es el llamado Estudio Siete de la Independent Atlantic Televisión Broadcasting. Amplio y bien acondicionado, aunque sólo se utilice para programas comerciales patrocinados o concursos cara al público.

Doy las luces. Un raudal de luz blanca cae del techo sobre el centro del estudio. Me aproximo a una cámara y la conecto tras encuadrar un determinado punto del estudio. Pongo en funcionamiento el sonido y la imagen, tras insertar la cinta de vídeo. Tengo que hacerlo todo en esta especie de programa grabado. Soy, en una pieza, el productor, director, cámara e intérprete. Y el iluminador. Y el guionista, claro.

Eso no me viene de nuevas, porque soy guionista de televisión. Lo demás, es la primera vez que lo hago. Conecto los mandos de grabación y empieza a actuar la cámara de color, tomando imagen y sonido. El vídeo tiene una duración de una hora. Eso bastará, imagino.

Me sitúo bajo las luces, ante el objetivo de la cámara. No voy maquillado, y mi color debe ser realmente lívido. No saldré muy favorecido en la imagen, pero eso no me importa. Lo que cuenta es lo demás. Lo que voy a relatar aquí, para un público inexistente ahora, pero que quizá alguna vez, si esto sale bien, pueda verme y oírme, saber lo que tengo que revelar, conocer mi verdadera historia, posiblemente cuando yo no exista ya, muerto a tiros por la policía... o por un asesino despiadado y sin conciencia, que trata de hallarme antes que la propia policía.

No necesito un guión ni ensayar un texto. Todo lo llevo en mi mente, grabado de forma indeleble. Pese a mi debilidad y torpeza, pese al dolor de la herida, y de la sangre perdida, que ahora mancha dramáticamente mi chaqueta y mi camisa, y sin duda resultará un motivo dramático en esta grabación, puedo recordarlo todo, e irlo relatando como viene a mi memoria, como realmente sucedió...

El zumbido de la cámara en funcionamiento, de las luces de una vacía sala de control, donde no hay realizador que siga mi grabación para cambiar de encuadres ni buscar efectos o graduar imagen y sonido, es el único ruido que capto en el Estudio Siete de la IATB.

Pero aunque yo no soy un técnico ni domino la fría mecánica de la televisión, sé lo suficiente para estar seguro de que grabo ya la cinta de vídeo, y de que mi imagen y sonido, cuando menos, son correctos. Lo suficiente para que quien tome este vídeo y lo pase posteriormente, pueda conocer mi historia y sepa que, aunque yo

esté muerto y crean haber cerrado con mi muerte un caso de asesinato, no será así, y el asesino aún estará suelto.

Es mi único propósito, porque es también lo único que está en mi mano hacer.

Oigo mi propia voz, que el micrófono situado ante mí está captando ahora para registrarla en la banda sonora del *video-tape*. Una voz que no tiembla, que suena singularmente firme y serena...

«Soy Dana McCoy, guionista de esta emisora de televisión desde la que ahora hablo para alguien que, tal vez, llegue a ver y escuchar esta grabación y sepa, por ella, la verdad sobre un caso criminal del que todos me hacen a mi responsable, y sobre el que no puedo probar mi inocencia.

»Esta historia comenzó para mí, justamente cuando terminaba otra de las pesadillas que me vi obligado a vivir. Me refiero al día en que regresé del Vietnam, tras sufrir una herida en el frente, y disfruté de una convalecencia que iba a coincidir, afortunadamente, con el fin de la guerra en el Sudeste asiático.

»En aquel otoño de 1972, regresé a los Estados Unidos, y pronto abandoné el hospital, para reintegrarme aquí en Nueva York a mi vida habitual.

»Fue entonces cuando comenzó esta tragedia que había de hundirme nuevamente en una pesadilla sin final, enfrentándome a un muro de tinieblas cada vez más espesas y profundas, ante el cual todavía intento pasar, ver un resquicio de luz...

»Mi esposa, Deborah McCoy, una famosa actriz de esta misma empresa de televisión, me esperaba en Nueva York, y confiaba en ser feliz nuevamente a su lado, pasado el fantasma de la guerra.

»Precisamente entonces, todo comenzó para mí...».

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Lo primero que vio al despertar, fue la luz del quirófano, proyectándose sobre su rostro, de un modo crudo y directo.

Parpadeó, intentando ver algo más, detrás de aquel círculo de intensa claridad blanca. Sólo descubrió una serie de rostros cubiertos a medias por las mascarillas y los gorros verdes de cirugía.

—Ha vuelto en sí —dijo una voz que le sonó extrañamente lejana—. Aplíquele más anestesia, Albert.

—Sí, doctor —fue la respuesta.

Y volvió a dormirse, mientras sentía una curiosa sensación de alivio y paz, y todo giraba en círculos de colores, disolviéndose en una creciente oscuridad amable, tranquilizadora, donde se dejó sumergir blandamente.

Ya no volvió a ver más el quirófano ni su luz. El nuevo despertar fue en una sala de blancos muros, cama metálica y aire aséptico. También le contemplaba alguien, pero esta vez no llevaba mascarilla ni gorro, ni lucía uniforme verde de cirugía.

Era una mujer y llevaba una bata blanca sobre sus ropas. Descubrió sus piernas y sus zapatos, comprobando que no eran blancos, por lo que dedujo, pese a lo débil y borroso de su mente, que no se trataba de una enfermera.

—Buenos días, señor McCoy —le saludó—. ¿Se encuentra mejor?

Dana McCoy trató de pensar, notando cierta molestia en sus sienes cuando se esforzó en ello. Sacudió la cabeza, intentando combatir aquel dolor intenso, aquellas palpitaciones incómodas en sus parietales.

—No sé... —balbuceó. Y la voz le sonó rara, estropajosa, cambiada—. No sé muy bien cómo estoy... Parece..., parece que no me siento mal del todo. Pero mi cabeza... me duele...

—Es natural —dijo ella, acercándose a la cama, mientras

anotaba algo en un cuadro clínico y le tomaba el pulso. Luego, apuntó algo más, y colgó el tablero con el indicador clínico a los pies de su lecho. Le soltó la muñeca y puso su mano suave en la frente. Fue un contacto fresco y agradable, que McCoy agradeció. Ella se limitó a manifestar con frío profesionalismo—: Nos lo trajeron en bastante mal estado. Ahora todo está mejor. No se inquiete por sus dolores de cabeza. Remitirán en seguida. Le aplicaré algún calmante, además. Luego, es probable que le vuelvan de vez en cuando. Pero eso también será natural, sobre todo cuando haya cambios bruscos de clima.

—¿Qué..., qué quiere decir? —balbuceó McCoy, intentando incorporarse en el lecho.

—No, no se mueva —le ordenó ella con suave firmeza—. El doctor Wise se ocupa de usted, y es el mejor neurocirujano de Nueva York. Virtualmente, uno de los mejores del país.

—¿Neurocirujano? —McCoy trató de pensar, de recordar algo, y finalmente lo logró—. Ah, ya sé... Mi cabeza...

—Eso es: su cabeza. No estaba demasiado bien, cuando le trasladaron aquí desde el Hospital Militar de San Francisco, señor McCoy.

—Pero estaba cuando me trasladaron en el transporte aéreo, desde Saigón —musitó Dana McCoy, cuyos recuerdos iban ya agolpándose en su mente, a costa de una agudización perceptible de su dolor—. No había muchas esperanzas, entonces...

—Sí, ahora es muy distinto ya. Está fuera de todo peligro. Ahora, sólo tiene que descansar, recuperarse... y estará como nuevo.

—Aquella maldita bala... —resopló Dana, cerrando sus ojos con un gesto de amargura en su rostro joven, curtido bajo el sol de Vietnam, bronceado por el aire de la jungla del sudeste asiático—. Pudo llevarme la masa encefálica por delante, ¿no?

—Pero no lo hizo, y eso es lo que importa. Le llegó rebotada, al parecer, y se incrustó en su bóveda craneana. Ciertamente que hubo que soldar con plata el hueso, pero eso ha sido todo.

—¿Plata? ¿Una placa de plata, quizá? —quiso saber McCoy.

—Sí. Pero ahora descanse, y no se preocupe más por los detalles. Todo eso quedó atrás. Es un hombre nuevo. Y ni siquiera le harán volver a Vietnam, ya lo verá.

—¿He quedado inútil para el combate? ¿Es eso?

—Sigue preocupándose demasiado —suspiró ella, con un asomo de sonrisa. Tenía los ojos verdes, un rostro joven y atractivo, incluso con aquella bata blanca y aséptica y con las gafas de montura metálica que sé ajustaba con alguna dificultad sobre su breve naricilla. Los labios carnosos se curvaban con la sonrisa—. No soy yo quien debe juzgar sobre eso, ni tampoco el doctor Wise. Será cosa de un tribunal médico militar. Ahora le servirán el calmante. La enfermera cuidará de usted.

—Gracias, doctora... —musitó McCoy, sintiéndose cansado y entornando los ojos—. Porque es usted doctora, ¿verdad?

—Sí —asintió ella con una leve expresión amable—. La doctora Gabler, del Centro Médico de Neurología de Manhattan. Soy la ayudante del doctor Nelson Wise.

Salió de la estancia sin añadir más. McCoy, aun en su estado actual, pudo constatar, en una rápida ojeada, que la figura esbelta y atractiva de la joven doctora, tenía unas formas que ninguna bata blanca del mundo hubieran podido disimular.

Cerró los ojos y esperó la llegada de la enfermera con el sedante, diciéndose que, cuando menos, era un alivio tener a una doctora tan encantadora cerca de sí.

Tal vez por ello, por pensar en el atractivo físico de la doctora Gabler, recordó algo, asociando ideas. Y apenas hubo entrado la rolliza enfermera de cabellos canosos a administrarle el calmante, la preguntó con voz débil:

—Por favor..., ¿ha habido alguna visita en estos días? ¿Alguien preguntando por mí, algún telegrama o llamada telefónica, una carta...?

—No, nada, señor McCoy —negó lentamente la enfermera, poniendo en sus labios un par de cápsulas, y luego un vaso con agua en su mano—. Sólo un enviado de la Junta Militar Médica, para informarse sobre su estado y el resultado de la operación, y una llamada telefónica del Hospital Militar de San Francisco, interesándose por el curso de su tratamiento. Eso fue todo.

—¿Nada particular?

—No, nada. ¿Tiene familia?

—Sí. Una esposa. En Nueva York.

—¿Está ella informada de lo que le ocurrió? —quiso saber la

enfermera, mirándole pensativa.

—Creo que sí. Fue informada por el mando... apenas me hospitalizaron en San Francisco.

—Bueno, tal vez no haya podido venir y lo haga en breve —comentó ella, evasiva.

—Quizá. Pero hubiese podido llamar telefónicamente para informarse...

—¿Trabaja ella en algo?

—Sí, claro. Es Deborah McCoy, de la televisión...

—¡Debbie McCoy! —se sorprendió vivamente la enfermera. Contempló al paciente con renovado interés—. ¿La misma Debbie McCoy que protagoniza la serie *Mujeres enamoradas*, la que interpretó *La saga de los Lancaster* el año pasado?

—La misma, sí —sonrió tristemente Dana, entornando sus ojos y hundiendo la cabeza en la almohada a la espera del sueño.

—Oh, ¿cómo no lo dijo antes? —Los ojos de la enfermera brillaban de entusiasmo—. ¡Debbie McCoy, nada menos...! He visto su último programa, *La mujer del soldado*. Era patética. Tan bella como es, tan encantadora... Por cierto, allí su esposo era un combatiente en Vietnam, y ella era la esposa que sufría, que vivía angustiada por su ausencia, por las noticias del frente...

—Sí, Debbie es buena actriz —asintió Dana, reflexivo—. Pero no parece tan buena esposa del soldado en la vida real, ¿no le parece?

—Bueno, tal vez tenga excesivo trabajo... —Trató de justificarla la enfermera—. He oído decir que en televisión se trabaja contra reloj, que a veces se pasan horas y horas filmando, casi sin reposo...

—Eso es cierto. Conozco bien la televisión por dentro, enfermera. Pero siempre queda un minuto para una llamada, un telegrama... En fin, gracias por todo. Creo que su calmante empieza a hacer efecto. Y además, siento sueño...

Cerró los ojos. Unos momentos después, estaba dormido. Los ojos de la enfermera, contemplaban con un renovado interés al hombre que, poco antes, era sólo un paciente. Uno más de los que enviaban los militares al regreso del infierno de Vietnam. Ahora, ese soldado, ese paciente, tenía un nombre: McCoy. Y una esposa popular, adorada por las mujeres telespectadoras. Eso lo hacía todo diferente para la enfermera Millar.

—El marido de Debbie McCoy... —repitió entre dientes,

sentándose frente a su cama—. Resulta increíble... Ella es encantadora, pero él es muy guapo. Y tan arrogante... No comprendo cómo esa mujer, por famosa que sea y por ocupada que esté, no se preocupa más de él...

—Soldado Dana McCoy, de la Novena Compañía de Saigón —dijo enfáticamente el coronel de Sanidad Militar Henry Morrison, de la Junta de Revisión del Estado de Nueva York—. Examinada su ficha clínica y el informe del doctor Nelson Wise, especialista en neurocirugía del Centro Médico de Neurología de esta ciudad, debo informarle que, a consecuencia de la intervención quirúrgica en que le fue aplicada una placa de plata a su cráneo, para soldar la herida producida por la bala enemiga, esta junta ha resultado por unanimidad declararle inútil para proseguir sus actividades militares en el frente, quedando dado de baja a todos los efectos, con una mención especial al Senado, para que le sea concedida, dado su comportamiento en la batalla donde sufrió dicha herida, la Medalla al Mérito por acciones de guerra, al servicio de su país. Es todo, soldado Dana McCoy. Puede retirarse. Enhorabuena por su alta disciplina y su valor en el cumplimiento de las órdenes recibidas, y nuestra condolencia por tener que proceder a relevarle de toda actividad bélica. Pero tenga en cuenta que un hombre con una placa de plata en su cráneo, no puede ser autorizado a continuar peleando, porque el riesgo que correría su vida sería inhumano. La decisión del Senado sobre su medalla, le será comunicada en su día.

—A la orden, señor —saludó militarmente Dana, y abandonó con paso firme la sala de juntas de revisión médico-militar.

Una cierta frustración se había apoderado de él al saber que, oficialmente, no era ya apto para servir a su patria, pero por otro lado, debía aceptar eso como algo beneficioso, ya que pudo haber perdido la vida en el combate, y ahora tenía la garantía del doctor Wise de que su vida no corría peligro alguno, mientras no sufriera en su cabeza algún grave impacto que pudiera dañar su parte operada. Era un hombre con una pieza de plata en su cráneo, eso era todo.

Un hombre que no volvería ya a Vietnam ni al infierno de la jungla en guerra. Pero que ahora tenía que volver a encuadrarse en su vida anterior. Regresar a lo que siempre fuera su vida. Volver a

escribir, a ser el que siempre fue: Dana McCoy, el guionista de televisión. Si es que todavía se acordaban de él y le daban una oportunidad...

—Lo siento, señor McCoy. La señora McCoy está filmando una serie de escenas interiores en los estudios, y hay orden estricta de que no sea molestada absolutamente por nada.

Colgaron sin más explicaciones. Dana colgó también, saliendo de la cabina pública, con aire de perplejidad e irritación. Era el colmo. No podía hablar con su esposa, porque ella trabajaba en un programa de televisión. Eso, después de dos años en el frente, y tras haber regresado en grave estado, con una bala en la cabeza, alojada en el hueso de su bóveda craneana, no lejos de su masa encefálica.

Después de no haber recibido siquiera un telegrama o una llamada telefónica de su mujer, mientras permaneció en el Centro Médico de Neurología.

Estaba lloviendo torrencialmente, y el agua empapaba su gabardina y su cabello. Se metió en una cafetería cercana, acomodándose en una mesa frente a la amplia vidriera por la que corría el agua de forma copiosa, borrando los contornos de cuánto había en la calle, para dejar el destello de las luces de escaparates, de luminosos, del tráfico incesante en el anochecer.

Una camarera pelirroja, de exuberantes senos, se aproximó a él, para pedirle la consumición. Llevaba una falda cortísima. Los muslos, enfundados en malla suave, rozaron el brazo y hombro de Dana, cuando se detuvo junto a él para anotar en su bloc el pedido.

El joven eligió un plato de la lista, una botella de cerveza y pan de molde. La camarera se alejó con un contoneo llamativo de sus bien desarrolladas nalgas.

Pero Dana no estaba para pensar ahora en mujeres.

Sólo en una: Debbie, su mujer. Era inexplicable lo que sucedía. No es que nunca hubiera sido un prodigio de amor y de atenciones para él, pero al menos se preocupó siempre de él, de sus cosas, y hasta la vio llorar, el día que partió hacia Vietnam. Ciertamente recibió pocas cartas de ella estando en el frente, pero sabía que Debbie era perezosa para escribir, y no le dio demasiada importancia al hecho.

Lo de ahora, era peor aún. Debbie parecía tan distinta a aquella jovencita ilusionada con el cine primero y con la televisión después,

a la que conoció en unos estudios, haciendo una prueba sin importancia, mientras se preparaba la filmación de un argumento suyo...

Entonces, Debbie se mostró afectuosa, tierna, incluso amorosa con él. Y se casaron. Eso, tras facilitar a Debbie un primer papelito de relativa importancia, que pareció llenarla de ilusión.

Luego, tras la boda, la señora McCoy pasó a ser ya una actriz prometedora, a quien su marido introducía en todos los elencos de sus guiones. Tuvo la fortuna de que los productores aceptaran su sugerencia de dar a Debbie el segundo papel femenino en la serie de telefilmes *Asesinatos Históricos*, y acabó por desbancar en popularidad a Stella Diamond, la gran figura de la televisión del momento.

Fue el descubrimiento de una nueva estrella con luz propia. Debbie McCoy, siempre apoyada en los guiones de su marido, alcanzó la cumbre en la televisión.

Y a partir de ahí, tal vez, comenzó su despegue, su raro modo de comportarse, su repentina frialdad hacia Dana, a quien ya no deba muestras de pasión o de profundo amor. Como si, de repente, alcanzando su objetivo en la vida profesional, ya no necesitara de él para seguir triunfando, escalando puestos hacia la fama y la fortuna...

Luego, llegó la guerra de Vietnam, el recrudecimiento de las actividades bélicas norteamericanas contra Vietcong, el envío masivo de tropas, contra la que muchos jóvenes americanos llegaron a declararse en rebeldía, como prófugos e incluso como desertores. Dana cumplió su deber de soldado americano, y aceptó ir al frente, rompiendo su labor en la televisión, arriesgándose, como tantos otros, a hallar una muerte oscura y triste en la gran trampa mortal que era el Sudeste asiático.

Pero había regresado, y eso era lo que contaba. Aunque seguía sin explicarse lo que Debbie hacía ahora, para no preocuparse siquiera por él, por su estado físico, por su salud..., por su regreso a casa.

—Su plato, señor. La cerveza. Y el pan. ¿No desea café?

—No, gracias. Me pone nervioso.

La camarera de los muslos desnudos sonrió, depositando la nota en la mesa, y le miró con cierta picardía.

—Me gustan los hombres nerviosos —dijo irónicamente—. Siempre resultan imprevisibles, ¿sabe? Y eso da emoción a las cosas...

Volvió a alejarse, con la bandeja vacía en la mano, de regreso al mostrador, haciendo oscilar sus caderas. A cada movimiento, sus curvas se cimbreaban, agresivas, remarcadas contra la cortísima falda del uniforme azul.

Pensativo, Dana la siguió de nuevo con la mirada. Sonrió, recordando lo que hubiera dado allá, en Vietnam, por ver a una muchacha así en cualquier cantina del ejército. Llegó a hartarse de ver figuras, menuditas de orientales, con sus rostros de oblicuas facciones, que siempre le parecían el mismo. Esto hubiera sido diferente. Pero ahora, sin embargo, no sentía interés alguno. Tal vez era la convalecencia de su herida, tal vez la preocupación en torno a Debbie...

Apuró su frugal comida, y de pronto tuvo una idea. Llamó a la camarera, que se le aproximó con su inevitable contoneo.

—Café, por favor —pidió—. Solo y sin azúcar.

—Vaya, cambió de idea, ¿eh? —Ella sonrió burlona, deslizando su lengua sobre los labios gordezuelos, para humedecerlos, insinuante. Se inclinó más sobre él y aún con todas sus preocupaciones, Dana sí notó ahora una excitación súbita.

—Lo pensé mejor —sonrió, mirando con descaro a la muchacha—. Tal vez me guste ponerme nervioso. Pero cuando me ocurre, no me gusta estar solo.

—Eso tiene remedio. Al final de esta calle está un club muy acogedor y simpático, llamado Aloha. Naturalmente, no necesitaré decirle que es un local de ambiente hawaiano.

—Naturalmente.

—Allí acostumbro a ir después de mi trabajo en esta cafetería. Y estoy hasta muy tarde..., cuando vale la pena estar, claro.

—Claro.

—Salgo de aquí a las diez. A las once estoy allí, habitualmente. ¿Le espero?

—Bueno, tal vez vaya por allí —prometió vagamente Dana—. Nunca se sabe...

Ella volvióse a humedecer los labios, sonriendo después. Luego, rápida, se alejó, mientras McCoy sentía el fuego que, por un

instante le había invadido. Fue solo una fugaz sensación. Ella ya no le dio otra oportunidad. Cuando le sirvió el café, se limitó a rozar el hombro de Dana. Luego se apartó con una especie de mórbida complacencia en su boca carnosa, arrugada en un mohín frívolo.

—Hasta luego —musitó, dejando la segunda nota en la mesa, junto con el café—. En el Aloha. Cierran a las tres. No falte. Seguro que no se arrepentirá...

La camarera dio media vuelta. Otra vez el contoneo, la agitación de curvas, el bailoteo firme de sus caderas.

Dana McCoy terminó su café con lentos sorbos, mientras afuera seguía lloviendo. A las ocho, continuaba el aguacero sobre Manhattan, sin trazas de terminar. Vio que un taxi se acercaba, para dejar a alguien ante la puerta de la cafetería. Rápido, dejó un billete sobre la mesa, sin esperar el cambio, y corrió hacia la salida, llegando a tiempo de tomar el vehículo de alquiler, mientras algunos peatones bajo la lluvia, se veían frustrados en su intento de ganarle por la mano.

—¿Adónde, señor? —preguntó el taxista—. Maldita noche de lluvia...

—Sí, muy mala noche —asintió Dana, seco—. A la IATB, en la Tercera Avenida...

—Sí, señor. ¿Quién no sabe dónde está el IATB *Building*?

Y el taxi se lanzó por Manhattan, Broadway arriba, hacia el alto rascacielos de casi cincuenta pisos, donde se hallaba emplazada una de las más importantes emisoras de televisión de la costa atlántica de los Estados Unidos.

CAPÍTULO III

—¡Dana! ¡No es posible! ¿Tú aquí, en Nueva York?

Y con su modo de caminar irregular, arrastrando la leve cojera de su pierna izquierda, herida una vez por las balas de unos atracadores, Jerry Miles abandonó el puesto de control en el amplio vestíbulo de la Independent Atlantic Televisión Broadcasting, para precipitarse sobre Dana y rodearle con un fuerte, férreo abrazo fraterno.

—Jerry, ¿es que no lo sabías? —preguntó Dana, todavía entre los musculosos brazos de Jerry Miles, el jefe de los servicios de seguridad en el edificio IATB.

—¿Saber el qué? ¿Qué volviste de Vietnam? Cielos, la primera noticia que tuve, fue verte aparecer por ahí, con tu aspecto de siempre, con tu aire de antes..., pero mucho más saludable, más bronceado, más fuerte... Muchacho, estás hecho un auténtico coloso... Pero ¿cómo no me ha dicho nada Debbie?

—No lo sé, Jerry. Yo, menos que tú y que nadie. Después de todo, ella es sólo mi mujer...

—Oye, Dana, ¿eso es un chiste? —se sorprendió el hombretón de pelo rojizo y fuerte complexión, apartándose un poco y mirándole con asombro.

—No. Eso una simple realidad. Ella tiene que saber que he vuelto. Es más, el ejército le informó de que volví malherido, hace casi un mes, que estuve grave, hospitalizado, que me operaron, que todo salió afortunadamente bien... Pero ya te dije que no es más que mi mujer, mientras que ella es hermana tuya. ¿Qué puedes darme a todo esto?

Jerry Miles pareció recibir un impacto brutal en el rostro. Meneó la cabeza, con desaliento. Miró a Dana McCoy como el que mira a un fantasma, y dio unos pasos hacia atrás, acentuándose su cojera. La pierna rígida se apoyó dificultosamente en el suelo bruñido y

limpio del vestíbulo del edificio. Luego pareció repentinamente inseguro y torpe. Bajó la mirada.

—No puedo entenderlo... —Pareció arrugarse dentro de su uniforme verde oscuro, hasta el punto de parecer deshinchado, dentro de unas ropas demasiado grandes para él—. Debbie tuvo que decirme algo..., pero no lo hizo. No sé nada, nada supe hasta... hasta verte ahí, cuñado...

—Ya. —Dana apretó los labios y se apoyó en el muro de mármol oscuro, clavando sus fríos ojos en el policía de la empresa con gesto huraño—. Jerry, tú no puedes andar escondiéndome cosas. Algo ocurre aquí, ¿verdad? Algo relacionado con Debbie, tu hermana. ¿Qué es ello?

—Dana, yo..., yo no puedo saberlo —trató de eludir Jerry la cuestión, evasivo—. Ella no me cuenta todo, ya puedes comprenderlo. El hecho de que yo sea mayor que ella, no significa que deba sincerarse conmigo. Tiene sus propios problemas, imagino. Es alguien en la televisión, en esta casa... Es importante...

—¡Alguien... importante...! —repitió Dana las palabras con acritud, como censurando la intención de Jerry al hablar—. Escucha, Jerry. Ella no era nada, absolutamente *nada*, cuando yo era aquí un guionista famoso y considerado. Gracias a mí, entró en el mundo de la televisión y llegó adonde quería. ¡Nada de eso puede justificar que olvide a su marido y le niegue inclusive lo que cualquier extraño, por simple amistad, haría por un hombre herido en Vietnam, cuyo diagnóstico era de suma gravedad! ¿Lo entiendes ahora?

—Dana, por favor... —Jerry miró en torno, luego le tomó por un brazo y le llevó a un rincón del amplio *hall*—. Tengo órdenes de impedir problemas dentro de esta casa. Espero que no vayas a ser tú, precisamente, quien quiera creármelos...

—Jerry, tienes una mentalidad provinciana —se irritó Dana McCoy, soltándose de él airadamente—. Aquí sigo siendo Dana McCoy, el guionista. O eso imagino... Aún puedo pedir por Strother Adams, el presidente de la IATB, y ser recibido por él, ¿no crees? O entrar cuando quiera y como quiera, puesto que ésta ha sido mi casa desde hace años, muchos años más que los que tu hermana o tú lleváis aquí trabajando...

—Por el amor de Dios, Dana, escenas no —rogó el pelirrojo que

se encargaba de la seguridad interior del edificio—. Tú, menos que nadie, por favor... Está bien, sube adonde quieras. Sólo tienes que hablar con el encargado de la centralita y no conmigo. Supongo que él te puede dar una tarjeta de visitante, aunque sea tan tarde, y...

—¡Tarjeta de visitante! —bramó McCoy, furioso, avanzando raudamente hacia la centralita del vestíbulo—. ¿Yo, tarjeta de visitante? ¡He escrito más de diez series de telefilmes para esta casa, además de un centenar de programas aislados! ¿Y quieres que me acojan como un simple visitante, con esa estúpida tarjeta de identidad colgada de la solapa?

—Dana, las cosas han cambiado mucho aquí, desde que te fuiste a Vietnam. Tú no eres ahora el guionista principal de la casa, porque desde las trincheras no se pueden escribir guiones... —le recordó Jerry, caminando rápido tras él, en un empeño por frenar sus impulsos—. Sólo trato de advertirte, de...

—¡Jerry, incluso desde las trincheras puede trabajarse para una empresa donde uno creció y vivió, donde uno se hizo lo que es ahora! —masculló ásperamente Dana, ya inclinado sobre el sorprendido empleado de la centralita—. ¡He enviado una de mis mejores ideas para una nueva serie de televisión, justo desde el corazón de las selvas vietnamitas, con todas mis experiencias vívidas en aquella sucia y absurda cloaca del Sudeste asiático adonde me enviaron nuestros politicastros y militarotes de vía estrecha, pretendiendo defender no sé qué, para llenar de sangre, de muertos y de ridículo todo el territorio norteamericano!

—Señor, ¿qué es lo que desea, por favor? —le pidió el encargado de la centralita de la IATB, mirándole con perplejidad.

—Quiero ver al señor Strother Adams, el presidente —dijo secamente McCoy.

—¿El señor Adams? ¿El presidente? —El de la centralilla le miró escandalizado—. Lo siento, señor. Nadie puede molestar al señor Adams bajo pretexto alguno, después de las siete de la tarde, aun suponiendo que ahora estuviese en el edificio...

—¡Está, siempre estuvo aquí mientras se preparaban los programas! —replicó vivamente Dana—. ¡Y yo puedo molestarle cuando quiera! ¡Tengo derecho a ello, porque soy el primer escritor de esta empresa! ¿Lo ha entendido bien? Sólo con que le diga a Strother Adams que yo estoy aquí, él me recibirá en el acto. Vamos,

llame a su oficina, al piso trigésimosexto, al número 2213, de centralilla, y...

—Escuche, señor, no sé lo que usted pensará de esta empresa, ni quién habrá sido antes. Pero yo le diré lo que es *ahora* —se engalló bruscamente el de la centralilla—. Mis órdenes estrictas son de...

—Espera, Rick —le cortó vivamente Jerry Miles, poniendo una mano sobre el brazo del de la centralilla—. Será mejor que haga lo que dice el señor McCoy. Tú no le conoces, porque cuando entraste aquí, él estaba pegando tiros en Vietnam para mayor gloria de nuestra patria. Sé que no puedes llamar al señor Adams, porque órdenes son órdenes. Pero puedes llamar a Duncan Garrett, el jefe de programa publicitario. El recibirá a McCoy, seguro.

Dana trató de replicar algo, pero un gesto y una mirada de su cuñado, le frenaron. El encargado de centralilla, a regañadientes, tras mirar hosco al visitante, procedió a llamar a un número determinado. Habló rápido, pegado al micrófono. Tras unos momentos, alzó la cabeza y miró a McCoy.

—Está bien —dijo—. El señor Garrett recibirá al señor McCoy. Planta treinta y siete, despacho...

—Sé dónde es. Aún hay cosas que no han cambiado aquí, a lo que veo —manifestó agriamente Dana, echando a andar hacia los ascensores—. ¿Por qué una rata de segunda fila como Duncan Garrett tiene que ser quien me reciba, cuando pregunto por el propio Strother Adams? ¿Y Debbie? ¿Dónde diablos anda metida ahora mi mujer?

—Dana, por favor... —Jerry Miles le acompañó hasta los ascensores con paso rápido. Sus botas resonaban sobre las grandes baldosas oscuras del vestíbulo. Apoyaba, acaso por simple inercia, la palma de su mano diestra sobre la negra culata del revólver reglamentario en su trabajo—. Hazme caso, Dana. Es mejor ceder, por el momento. El tiene razón. Las cosas aquí son algo distintas. Y además, nadie contaba con tu regreso. Mañana, posiblemente, todo volverá a ser como siempre. Como tú lo dejaste antes de ir a Vietnam. Pero mientras tanto..., es mejor dar tiempo al tiempo, contemporizar, esperar...

—Esperar..., ¿qué? —Dana se metió en el ascensor que se había detenido ante él—. Jerry, te agradezco tu interés por limar asperezas, pero hay algo raro aquí. Algo muy raro..., que aún no sé

lo que pueda ser...

Cerró las puertas. Subió al piso treinta y siete. Se encontró pronto en él, porque eran ascensores de gran rapidez en el desplazamiento. El frenazo de la cabina le hizo sentir un leve mareo. Aún no estaba habituado a muchas cosas. Su cerebro andaba flojo.

Conocía bien el despacho de Duncan Garrett. Había luz en él, tras las vidrieras esmeriladas. Se detuvo ante él. Golpeó la puerta encristalada. Una voz brusca respondió, desde dentro:

—Sí, puede pasar...

Entró. Las cosas, después de todo, no habían cambiado tanto. Allí estaba el mismo Duncan Garrett de siempre, gordo, fofo y sudoroso, de pelo ralo, mojado por la transpiración. Con la camisa abierta, dejando ver el abundante vello repulsivo en su pecho y brazos, como un simio de viscosa piel. Estaba inclinado sobre su mesa, seleccionando fotografías de lanzamiento de programas, listas de reparto para nuevos telefilmes y todo lo que ocupaba su habitual tarea dentro de la IATB.

Dana se quedó quieto, rígido a la entrada, mirando fríamente al hombre con quien hasta entonces sólo había tenido el trato normal de cambiar impresiones sobre promoción, lanzamiento y financiación de telefilmes y programas dramáticos de gran audiencia en los que él fuese guionista. Nunca, hasta ahora, tuvo que solicitar ser recibido por él.

—Bueno, ¿qué quieres, McCoy?

La respuesta brotó de labios del otro como de mala gana, disparada con un lado de la boca, desabrida y nada amistosa. Ni siquiera se molestó en mirar a Dana para hablarle.

—Cuando hablo con alguien, acostumbro a ver que me mira a la cara —dijo fríamente Dana—. Incluso los perros lo hacen. Las únicas a quienes no les vi hacerlo, cuando las insultaba, era a las ratas de los barracones de Saigón. Siempre pensé que eras como una rata, pero no peor que ellas, Garrett...

—¡McCoy! —Duncan Garrett se irguió, clavando unos pequeños, porcinos ojos iracundos en él, por encima de su nariz ganchuda y de su barba espesa y sucia—. ¡Estás insultándome sin darte cuenta de que ya no eres nadie en esta empresa!

—¿Nadie has dicho? Siempre fui uno de sus primeros guionistas.

Y he vuelto para seguir trabajando en ello...

—Estás desfasado, McCoy. Las cosas cambian mucho en dos años de alejamiento de este trabajo. Ahora tenemos un primer guionista que hace tu trabajo. No hay lugar para otro escritor. Hemos reducido el número de colaboradores a causa de la crisis económica por la que atraviesa el país últimamente. Lo siento, pero no hay ya lugar para ti en la IATB. Son órdenes superiores. No me cuentes nada a mí.

—¿Órdenes superiores? ¿De quién? ¿De Strother Adams acaso? Es la única autoridad que admito en esta entidad, y tú lo sabes.

—Bueno, si te pones así... te diré que así es. Personalmente, Strother Adams dio la orden de que Travis Dugan ocupase tu puesto.

—¡Travis Dugan! —repitió Dana estupefacto—. ¿Ese necio sin mentalidad ni imaginación, que se limitó siempre a copiar lo que ideaban los demás? ¿Ese majadero carente de inventiva, que sólo sabe plagiar textos ajenos y sonreír a unos y a otros para hacerse el simpático? ¿Ése va a ser vuestro nuevo guionista?

—No, McCoy. No va a serlo. Lo es ya, a todos los efectos.

—Y supongo que con tu aprobación inmediata, ¿no?

—Mi opinión cuenta poco en esas cosas. Me limito a conseguir promotores para nuestros programas, eso es todo. Ha sido cosa personal de Strother Adams, ya te lo dije.

—El propio Adams... No tiene sentido. El sabe tan bien como yo que ese tipo no hará nunca nada notable ni merecedor de atención...

—¿No? —rió entre dientes Garrett—. Parece que te equivocas de medio a medio, amigo McCoy. Tu colega, Travis Dugan, ha presentado al Departamento de Programas una serie nueva que puede tener un gran impacto popular, que se está rodando ya, y en la que tu esposa hace el papel de enfermera abnegada y heroica. Es un tema bélico, sobre Vietnam, y se titula genéricamente *Sargento Sam*. Ya tenemos dos grandes patrocinadores peleándose por financiar su exhibición en horas punta...

—¿Qué? —jadeó Dana McCoy dando un paso adelante, repentinamente pálido—. ¿Qué has dicho, rata de cloaca? ¿Hablaste de un tema bélico en Vietnam, con una enfermera y con un soldado como protagonistas? ¡Esa idea se la envié yo por correo al propio

Strother Adams, y la serie se titularía *Soldado Smith*! ¡Le daba la idea argumental y la sinopsis de los cinco primeros capítulos, sobre experiencias vívidas allí! ¡No puede haber *otra* serie bélica... y menos tan similar! ¡Me suena a plagio, a robo!

—¿Estás insinuando que el propio señor Adams, nuestro presidente, te ha robado a ti una idea? Estás loco, McCoy. Vete de aquí antes de que te oigan otras personas y puedan presentarte una demanda legal por difamación. Creo que es lo mejor que podrías hacer, dado tu estado. Tal vez te habituaste a beber o a drogarte en el ejército, dicen que son muchos los que lo hacen...

—Asquerosa y sucia basura, escucha esto —silabeó Dana precipitándose sobre el gordo y amedrentado Garrett con los puños en vilo, dispuesto a golpearle—. Yo he visto a soldados que eran casi niños, teniendo que lanzarse a la selva para pelear contra un enemigo sutil, silencioso y conocedor de ese laberinto de la jungla que para nosotros era desconocido. Yo les he visto pelear casi llorando, asustados y sobrecogidos. Para envalentonarse, para sentirse hombres, que es lo que les exigían sus superiores, tenían que beber o drogarse, e ir así a matar o a morir al más estúpido y vil de los sacrificios, por algo que ni siquiera ellos entendían. ¡Pero nosotros, los que ya éramos adultos, nunca necesitamos de otra droga que nuestra propia voluntad, nuestro afán de supervivencia, nuestra necesidad imperiosa de matar o morir, para seguir adelante contra el adversario agazapado en cualquier matojo o presto a saltar desde cualquier árbol! ¡Eso es lo que pretendí reflejar en mi *Soldado Smith*, y eso, sin duda, es lo que ese puerco de Dugan me ha robado, con el beneplácito de gentuza miserable como tú... y como el propio Strother Adams a lo que veo, puesto que fue el destinatario directo de mi idea original! ¡Todos merecéis que se os aplaste como a gusanos, y eso es lo que voy a...!

Agazapado, acorralado contra el muro de vidrio esmerilado del fondo de su despacho, Duncan Garrett parecía realmente aterrorizado ante la reacción violenta del excombatiente que se había visto ofendido, burlado, en aquello que más le hería. En su propia hombría como soldado, como hombre que luchó por una causa, justa o no, pero que en modo alguno merecía ser vilipendiada y escarnecida por los cobardes de turno, que casi siempre estaban en retaguardia. Eso era algo que sólo lo podía

entender ahora, cuando había vestido un uniforme, cuando había luchado por algo en unas trincheras.

En ese momento crucial, se les ocurrió entrar a ellos. Las voces sonaron, joviales, a espaldas de Dana McCoy, bien ajenas sin duda a la presencia de éste allí.

Primero habló él con tono voluble:

—Escucha, Garrett, vimos luz y entramos. Debbie tiene algo que decirte sobre el pasaje de la segunda parte del guión, cuando ella atiende al sargento Sam, herido en el hospital de campaña.

—Sí, Garrett, se trata de esa escena que discutimos hoy con Strother... Yo creo que debería desvanecerse después de verme, no antes, y yo besar su mejilla y...

Lívido, tenso, Dana se volvió hacia ellos. Se encaró con Travis Dugan, el guionista. Y con Debbie, su propia esposa...

Ellos, como petrificados, al reconocerle, también se quedaron contemplándole, sin saber qué decir...

—Dana...

—Buenas noches, Debbie. ¿Sorprendida?

Marido y mujer se miraron a los ojos. Centelleaban las grises pupilas de Dana. Ella rehuyó su mirada, estremeciéndose. Travis Dugan, repentinamente, parecía amedrentado. Se movió hacia la salida, cauto.

—Bueno, Garrett, mejor será que te vea luego —farfulló—. Veo que tienes trabajo...

—¡Quieto ahí, Dugan, sucia alimaña! —aulló Dana bruscamente, con voz que restalló como un látigo—. ¡Quiero aclarar algo con todos vosotros, de una maldita vez para siempre!

—No vas a ponerte dramático ahora, ¿eh, McCoy? —jadeó Dugan—. Yo no tengo la culpa de que el presidente no te quiera aquí y me haya elegido a mí. Estabas tan lejos...

—¡Cerdo asqueroso! —Silabeó Dana, avanzando rápido hacia él—. ¿Eso justifica que tú me robaras mi idea de *Soldado Smith*, para escribir esa basura de *Sargento Sam* que pretendes lanzar por la IATB? ¡Sabes muy bien que es un plagio, un sucio robo, y que el propio Strother Adams te la facilitó de buen grado!

Al tiempo que decía eso, disparó su mano contundentemente. Nadie podía esperarlo. Dana había aprendido muchas cosas en el

duro y exhaustivo entrenamiento militar para los soldados de Vietnam. Ya no era el hombre físicamente torpe que todos conocían allí. Dugan lo aprendió a costa suya, pese a su corpulencia.

Se fue hacia atrás, proyectado por el contundente y brusco mazazo del puño de Dana, conectado a su mentón. Estrellóse de cabeza en una vidriera, que se hizo añicos, estrepitosamente, cayendo el guionista por el suelo, medio inconsciente, con un gemido de dolor.

Atónitos, el jefe de publicidad de programas y su propia esposa, contemplaron la reacción insólita y violenta de Dana McCoy. Ella fue la primera en reaccionar, yendo hacia él, conciliadora.

—Dana, querido, me temo que estás trastornado, acaso bajo la influencia de tu grave herida en la cabeza... —comenzó dulcemente la rubia muchacha de cándidos ojos azules y hermosa figura, extendiendo sus brazos hacia su marido.

—Espera, Debbie. No sigas —la cortó glacialmente él, poniendo a guisa de escudo ambas manos extendidas entre ambos—. No va a ser tan fácil convencerme ahora. ¿De modo que mi herida en la cabeza era grave? Vaya, y lo dices ahora... Ahora que me ves aquí, sin haberte preocupado un solo momento por ir a verme, por preocuparte de mí, de tu esposo... Sin una llamada, sin un telegrama tuyo... sin nada. Un mes sin la menor noticia, a punto de morir en una cama o en un quirófano... con una bala en mi cráneo. ¿Y tú hablas de trastornos? ¿Tú me llamas... *querido*?

Pálida, sobrecogida, la rubia «estrella» de la televisión retrocedió ante la dura mirada de unos ojos que ella no conocía, de unas pupilas que, pese a serle familiares, resultaban ahora extrañamente frías, duras y hostiles.

—Dana, yo... Tú sabes... El trabajo, la fama, las exigencias de este oficio...

—Sé todo eso —cortó él su vacilante excusa—. Pero siempre hay un minuto, uno solo, para encargar a alguien que envíe un telegrama. Jerry, tu propio hermano pudo hacerlo. Una llamada telefónica de dos minutos escasos... Sólo un poco de interés. ¿O es que pensabas que me traían para enterrarme aquí, y diste por bueno el hecho, en tanto tú subías y subías en tu escalera hacia la gloria? Pobre imbécil, que no sabes lo que es este negocio, que ignoras cómo te explotan hasta que te han sacado todo el jugo, y luego te

echan a la calle, como a mí me echan ahora...

—¡Dana, me estás ofendiendo! —Se engalló ella, repentinamente altiva—. ¿Quién crees que eres? Sólo un guionista a quien no sé si volverán a admitir aquí después de todo este tiempo. Yo, en cambio, soy Debbie McCoy, la «estrella», la más famosa...

—¿A cambio de qué, Debbie? ¿De los favores de Strother Adams? —la acusó duramente él—. ¿Te has vendido al propio presidente, a cambio de una fama que podías alcanzar por ti misma si tuvieras talento suficiente para ello?

Ella iba a replicarle algo, incluso alzó una mano airada para abofetear a su esposo, cuando la puerta se abrió, una vez más, y un hombre alto, fornido, elegante, de impecable traje oscuro y abrigo negro, con bufanda clara y sombrero negro de fieltro asomó, sonriendo a Debbie bajo su delgado bigote plateado para hablar meloso:

—¿Qué, querida? ¿Vamos ya? Se hace tarde y...

No dijo más. Unos astutos y fríos ojos oscuros habían descubierto a Dana McCoy en el despacho. También captaron a Travis Dugan, incorporándose tambaleante, sangrando por la comisura de sus labios. Y el rostro lívido de Debbie, y el gesto agobiado y tenso de Duncan Garrett...

—El que faltaba ha llegado —dijo fríamente Dana McCoy, con una risita sorda entre dientes—. Nada menos que el grande, el rico, el poderoso Strother Adams, presidente de la IATB, el gran Strother Adams... ¡amante de mi mujer!

Y tras decir eso, lanzó un bofetón seco sobre la mejilla de Debbie McCoy, apartó de un empujón virulento al propio Adams, repentinamente pálido también, y salió del despacho anunciando con voz potente:

—¡Oirán de mí! ¡Todos ustedes sabrán quién es el nuevo Dana McCoy, el hombre que aprendió a matar en Vietnam, y que ya no teme nada, ni siquiera a la misma muerte! ¡Todos ustedes, incluida mi indigna mujer, sabrán quién es Dana McCoy!

Y sus pasos se perdieron corredor adelante, tras sonar el estruendo de una nueva vidriera rota.

CAPÍTULO III

Realmente, el Aloha era un local tranquilo y acogedor, como dijera ella.

Ni siquiera sabía cómo estaba ahora allí. Pero lo cierto es que el barman acababa de poner ante él un alto vaso con *whisky* y hielo, y que la música dulzona y rítmica sonaba en sus oídos, mientras veía danzar por la pequeña e íntima pista a unas cuantas parejas muy apretadas.

En las mesas también había parejas, casi todas ellas estrechamente unidas y con los rostros muy próximos. La iluminación era tenue, había rincones oscuros, y la decoración era un tópico remedo de pretendido ambiente hawaiano.

No era el primer lugar que visitaba aquella noche, tras abandonar airadamente la emisora de televisión. Ni éste era el primer *whisky* que ingería. Eso podía notarse fácilmente por su expresión aturdida, sus ojos levemente enrojecidos y sus pasos inseguros.

Realmente, Dana McCoy estaba algo ebrio, aunque no demasiado. Y no pensaba que la cosa se quedara allí. Tenía necesidad de embriagarse, de olvidar, ayudado por el alcohol. De olvidar muchas cosas. Todas ellas desagradables.

Ahora ya no pensaba tanto en Debbie, en la idea robada, en la noticia de que Travis Dugan usurpara su puesto, de que Strother Adams se hubiera fijado en su mujer para protegerla, de que todos le recibieran como si hubiera llegado la peste.

Ahora sólo pensaba en tomarse aquel *whisky*. En olvidar toda aquella maldita serie de contrariedades. En seguir tomando licor hasta reventar, si era preciso. En cualquier cosa que no fuese atormentarse estúpidamente por culpa de lo sucedido en las últimas horas.

Cierto que le dolía algo más la cabeza, que quizá su maldita

placa de plata no fuese un elemento adecuado para soportar el alcohol como antes pudo haberlo soportado en algunas ocasiones adversas. «Pero al diablo con todo ello», pensó. Lo importante era no pensar, no recordar, aunque le estallara el cráneo en mil pedazos.

—Buenas noches, hombre nervioso.

La voz había sonado junto a él. Como un murmullo. Se volvió. Clavó los ojos en ella. Estaba allí, junto a él. Le rozaba como lo hiciera en la cafetería. Desafiadora, provocativamente. Ahora ya no vestía el uniforme de camarera ni la corta falda sobre los muslos. Por el contrario, la falda era larga, sedosa, de brillante color verde oscuro, como el resto del vestido de noche. Pero aun así, pudo distinguir la línea perfecta de su pierna por una abertura lateral hasta medio muslo. A cambio de tan breve visión, la panorámica de su torso era mucho más generosa y amplia ahora.

Los bien dotados senos de la joven resaltaban pujantes, llamativos, emergiendo casi en su totalidad sobre el tejido verde, y en los que Dana fijó sus ojos con alguna torpeza.

—Oh, preciosa, ¿cómo estás? —murmuró—. ¿Qué te gustaría tomar?

—Lo mismo que tú —sonrió ella, exhibiendo la puntita de la lengua entre los labios carnosos—. Pero creo que has bebido alguno de más, ¿no te parece?

—Al diablo con eso —rezongó Dana, pidiendo otro *whisky*, y pasando el brazo por el talle de la joven, a quien atrajo hacia sí—. Necesitaba beber.

—Ya veo. ¿Problemas? —preguntó la muchacha.

—Algo así. Pero no hablemos de ello. Está prohibido, preciosa. No te muevas. Quédate aquí conmigo.

—No pensaba moverme. Pero podríamos bailar, sentarnos en alguna mesa...

—¿Bailar? —Dana rió entre dientes—. No, no creo que pudiera. Todo me daría vueltas, estoy seguro. Será mejor que nos sentemos. ¿Cómo te llamas?

—Dewey. ¿Y tú?

—Dewey, ¿eh? Raro nombre... Yo... Dana. Dana McCoy, preciosa. Vamos ya...

Tomó los dos vasos y la precedió, con paso no muy seguro, hasta

una mesa vacía. Poco después se sentaban el uno al lado del otro, mirándose fijamente.

—¿Hubieras venido de no tener problemas? —quiso saber ella súbitamente.

—Quizá, no sé. Dejemos eso ahora. Hablemos de ti, de mí... y nada más. ¿De verdad te gusta este sitio?

—Es mejor que otros. ¿A ti no? —Le miró con curiosidad.

—No mucho. Conozco otros mejores. En la ciudad y fuera de ella.

—¿Vas a llevarme a alguno de ellos?

—Si quieres... Tengo un coche guardado en un garaje. Supongo que aún seguirá allí. Lleva dos años guardado, ¿sabes? Prometieron cuidarlo todo el tiempo —hizo tintinear unas llaves en su bolsillo—. Podríamos ir a alguna parte realmente divertida, tú y yo.

—Adonde quieras —sonrió ella—. Casualmente, mañana es mi día libre en la cafetería.

No tengo prisa por acostarme...

—Tanto mejor. Yo tampoco. Seguramente dormiría muy mal. Termina eso. Nos iremos.

—¿Crees que podrás conducir?

—Claro que sí —rió Dana—. He conducido con mucho más alcohol encima, y nunca pasó nada. Soy un buen automovilista, no creas. En Vietnam llevaba un *jeep* por la jungla. Eso sí que era un problema. A veces tenía que vadear ríos, cruzar pantanos, eludir patrullas enemigas, huir de ráfagas de metrallera... Eso es mucho peor que conducir algo bebido, Dewey... Uf, qué extraño nombre...

—Eso ya lo dijiste antes —sonrió ella, pasando un brazo por su hombro y acercándose más a él—. ¿No te gusta?

—No es eso. Me gusta todo lo tuyo —hundió su mirada en ella—. Pero me resulta raro, eso es todo.

Alzó los ojos y se encontró con los labios de ella, entreabiertos y húmedos. Se inclinó. Los besó. Ella apretó con fuerza. El juego se prolongó. Dana notó un cosquilleo. Las manos de ella acariciaban su nuca, le arañaban.

—Creo que es mejor marcharnos —suspiró ella—. Habrá tiempo de todo, Dana.

—Sí, tienes razón —se rehízo, poniéndose en pie—. Vamos ya.

Salieron del Aloha. Ahora sólo lloviznaba ligeramente, aunque el

cielo seguía encapotado sobre Manhattan. Un taxi les condujo a un garaje, no lejos del edificio de la IATB. Dana procuró no mirar a las grandes letras rojas, brillando en lo alto del rascacielos. En vez de ello, tomó del brazo a Dewey, llevándola calle abajo.

En el garaje público, resultó no estar el mismo encargado de antes, pero Dana le dio la matrícula del coche, le mostró su identificación, y el hombre, tras consultar un registro, le señaló que tenía su coche en la segunda planta inferior. Bajó Dana, regresando al volante de su coche, un «Chevrolet» color azul oscuro, modelo de tres años antes, en bastante buenas condiciones y, sobre todo, bien conservado en su ausencia. Comprobó que Debbie ni siquiera lo había usado en ese tiempo. Ella tenía el suyo, y quizá ni recordó dónde estaba el otro. Ahora debía viajar en el modelo lujoso de Strother Adams, pensó con fría ira.

—Es un bonito coche para llevar tanto tiempo encerrado —comentó con alivio Dewey, que sin duda temía verse con algún modelo totalmente desfasado. Se acomodó junto a él, y al abrirse la abertura lateral de su falda, su pierna quedó desnuda hasta muy arriba del muslo, pegada a la de Dana McCoy.

Éste se alejó con el coche, sobre el asfalto húmedo de Manhattan, mientras las gotas de lluvia brillaban sobre los cristales.

Había sido una noche divertida, en realidad.

Ya no se sentía siquiera ebrio. El alcohol, gracias a la compañía de Dewey, no le hacía tanto efecto ahora. Eso sí, se notaba eufórico, radiante. Y había olvidado todo o casi todo. Sólo pensaba en el resto de la noche. Más bien de la madrugada, dada la avanzada hora. A su lado, Dewey reía complacida, algo más animada también, puesto que a ella sí le había hecho efecto el alcohol.

—Eres encantador, Dana, cariño —musitaba, rodeando su hombro con un brazo, canturreando entre dientes—. Estoy pasando una noche maravillosa, puedes creerme.

—Yo también. Pensaba aburrirme, cansarme de beber... y las horas han transcurrido de un modo rápido y alegre. ¿Sabes que ya son las cinco de la madrugada?

—¡Cielos, las cinco! —Se sobresaltó ella—. ¿Y adónde vamos ahora? Ya es muy tarde.

—Adonde tú quieras, Dewey.

—Supongo que debemos ir a dormir...

—Si tú lo deseas...

—Será lo mejor —ronroneó, pegando su boca al cuello de él, besándole suavemente, hasta alcanzar el lóbulo de su oreja.

Dana notó un leve estremecimiento de placer. Era algo que estaba deseando, pero ignoraba hasta dónde podía llegar con la chica. A veces, uno se llevaba desagradables sorpresas en esas cosas, cuando se creía más seguro de la conquista hecha.

—Sería maravilloso —asintió—. Si tú quieres...

—Claro que quiero, Dana. Lo estoy deseando. Me gustas. Me gustas mucho. Yo no soy una de esas chicas que aman por dinero. Tiene que gustarme un tipo, ¿lo entiendes?

—Claro. ¿Adónde te parece que vayamos?

—No sé. Si tú sabes de algún lugar discreto y muy íntimo...

—Bueno, llevo dos años lejos de esta jungla, pero recuerdo algo. Un bonito motel en la carretera de Albany... No está lejos de aquí, en realidad. Yo iba algunas veces...

—Ah, pillo... —rió ella, siguiendo con sus besos, acariciando a Dana incesantemente, hasta que éste redujo la marcha, frenó el coche en un arcén de la carretera, y se volvió, rodeándola con sus brazos, sumergiéndose en un beso de fuego con aquellos labios golosos.

—Oh, no, no, ya basta... —gimió ella, estirándose voluptuosa en el asiento—. Por favor, Dana, cariño, sigamos... Sigamos hacia ese motel... y pronto.

El asintió, se rehízo, volviendo al volante.

Aceleró la marcha, carretera adelante. Vio allá a lo lejos las luces del motel. Eran las mismas letras azules de siempre, las que él conocía de años atrás. Había cosas que no habían cambiado, después de todo.

Alcanzó la curva. Cuando iba a disminuir la velocidad, ocurrió todo.

El coche salió de repente de esa misma curvatura. Embistió con violencia al automóvil de Dana, antes de que éste pudiera darse cuenta de nada y evitar el impacto. El otro coche había salido sin reducir la velocidad para encontrarse con él y clavar su morro en medio de la carrocería del «Chevrolet» azul.

Éste salió despedido, con gran estrépito de vidrios rotos y metal arrugado. Al lado de Dana, gritó Dewey agudamente, con el terror

reflejado en el rostro. Dana McCoy intentó dominar el vehículo, mecánicamente, sin lograr otra cosa que cruzar la carretera dando tumbos, para irse contra la cuneta y, allí, volcar de nuevo, cayendo por un corto terraplén, hasta chocar en una arboleda y quedar allí inmóvil, con las ruedas girando hacia arriba enloquecidamente, y ellos dos aprisionados dentro del vehículo.

El conductor del otro automóvil, posiblemente asustado por el desastre que acababa de provocar, huía cobardemente. La luz de sus faros se perdió en la distancia, y la zona del accidente quedó silenciosa y en sombras.

—¿Cómo se encuentra?

Parpadeó. La luz. Otra vez aquella maldita luz. Le molestaba, hería sus ojos, le hacía daño incluso en su cerebro, que parecía lleno de agujas que pincharan despiadadamente su masa encefálica, hasta hacerle enloquecer.

Bajó los párpados, sin responder. Se quedó quieto, tendido en aquel lugar donde se hallaba. Debía de ser una cama. Sí, sin duda alguna lo era. Estiró un poco los pies bajo las ropas que le cubrían, y sus dedos palparon los barrotes de metal de la misma.

—Vamos, vamos —insistió aquella voz, que se alejaba y se aproximaba como en oleadas, haciéndose irritante—. Ya se ha recuperado. Ha vuelto en sí. Díganos cómo se encuentra...

Trabajosamente, volvió a abrir los ojos. Descubrió un globo de luz blanca, colgando de un techo también blanco, sobre su cabeza. Tuvo algo familiar para él, pero no supo lo que era. Luego, la idea le llegó con alguna dificultad a la mente.

—Un hospital... —susurró—. Es un hospital... He vuelto al hospital...

—¿Dónde esperaba estar? —le respondió la voz, amablemente—. Pudo haber terminado en la Morgue, de modo que debe dar gracias a que está aquí. ¿Se encuentra bien?

—No... no sé... Creo que sí... —balbuceó.

—¿Algún dolor?

—La... la cabeza...

—Es natural. Lleva encima suficiente alcohol para sentirse con jaquecas durante varias horas.

—Me duele mucho...

—Le hemos inyectado un calmante. Dará resultados. Tiene que

dormir. Pero antes necesitamos algunos datos suyos. Nos irían bien.

—¿Datos? ¿Qué datos? —preguntó.

—Su nombre, su identificación...

—¿Mi nombre? Busquen... mis documentos.

—No, no había documentos en sus ropas. Por eso le pregunto. Su anillo lleva unas iniciales. El de oro, claro. Pero el otro que lleva en el meñique tiene otras. Por eso imaginamos que uno es de otra persona, pero ¿cuál? Denos su nombre, por favor. Debemos informar de ello a la policía.

—¿La... policía?

—Sí —suspiró la voz, pacientemente—. Ellos le trajeron aquí, después de todo.

Quedamos en que les facilitaríamos su identidad apenas volviera en sí.

—¿Qué... qué sucedió exactamente? Está todo tan confuso...

—Se pegó un trastazo con su coche. Parece ser que le embistieron, pero usted conducía como una cuba, amigo. Eso es grave en este Estado, debería saberlo. Por otro lado, tuvo mucha suerte. Sólo unas heridas superficiales, una serie de hematomas en su cabeza... y nada más. Esta madrugada ha vuelto a nacer. Pero si sigue conduciendo con tanto alcohol dentro, terminará por agotar todas sus vidas, amigo.

—Mi... cabeza... Me duele mucho.

—Lo suponemos. Le haremos unas radiografías para ver si hay algún daño interior, aunque creemos que no. Ahora podrá descansar. Pero antes, por favor, su nombre, su dirección, su familia... Es todo lo que necesitamos.

Hubo un largo silencio. Cerró de nuevo los ojos. Esta vez notó una rara angustia interior.

—No... no sé —balbuceó.

—¿Qué?

—No sé. Palabra. No sé nada de nada. No recuerdo nada... ni siquiera quién soy yo...

CAPÍTULO IV

—La radiografía revela que no hay daños serios en su cabeza. Pero también revela algo más. Tiene usted una placa de plata en la bóveda craneana. Le fue hecha la intervención hace poco tiempo. Eso puede que nos dé una pista. Hemos informado de ello a la policía por si puede ayudarnos a identificarle.

Escuchaba con gesto aturdido todo aquello que le contaba el doctor Dekker, que era quien le atendía. No le decía absolutamente nada ninguna de aquellas cosas. Eran como palabras sin sentido, como ideas huecas.

El doctor Dekker le estudiaba atentamente, pendiente de sus gestos, de sus más mínimas reacciones. El meneó la cabeza con desaliento.

—Lo lamento, doctor —manifestó—. Sigo sin recordar nada. No sé por qué llevo una placa de plata. No sé nada de nada. Ni por qué estoy aquí, ni quién soy, ni lo que sucedió esta noche o en días anteriores.

—¿Ni siquiera recuerda el pasado?

—No. Nada. Noto mi mente en blanco.

—Amnesia. Un caso de amnesia que podría ser momentánea, temporal... o definitiva.

—¿Definitiva? —Se estremeció.

—No se asuste. Eso no es frecuente. De todos modos, la policía es muy escéptica en casos así. Imagina que usted puede estar fingiendo para eludir responsabilidades. Les hemos informado de todo, pero no se fían. Están investigando ahora con los datos que les facilitamos. Esa placa de plata puede ser su mejor identificación. No hay muchas así después de todo. Y de ésta podemos advertir que es muy reciente. Si la intervención se hizo en Nueva York, pronto saldrá algo. Por otro lado, han remitido sus huellas a Washington, por si hubiera algo sobre ellas. Es todo lo que se puede hacer en

estos casos. Eso, y publicar su fotografía, anunciando que le identifique quien le conozca. Los periódicos, la televisión, la publicarán mañana.

—Televisión...

—¿Eh? ¿Ha dicho algo? —se interesó vivamente el médico.

—No, nada... La televisión... creí que me hacía recordar algo. Pero ya se fue. Todo sigue en blanco.

—Está bien —suspiró el médico, incorporándose—. No debe fatigarse demasiado. Repose ahora. Es lo mejor que puede hacer. Si forzamos la máquina, lo único que lograremos es fatigarle más su mente. Y es ésta la que hay que curar.

El médico se encaminó a la salida, dejando allí a un enfermero, a quien dijo algo. Éste asintió, quedándose a la puerta de la estancia que ocupaba el paciente.

Después, la luz se apagó, quedando tan sólo encendida la de la mesilla de noche y él pudo cerrar sus ojos con alivio, hundiéndose en otro profundo sopor, bajo el efecto de sedantes.

Los verdes ojos le contemplaron fijamente detrás de los cristales de las gafas con montura metálica. Había algo en ellos, tal vez reproche o decepción. O quizá ambas cosas a la vez.

—No esperaba verle por aquí de nuevo, McCoy.

Dijo solamente eso. El parpadeo, repitiendo con aturdimiento:

—¿McCoy? —Meneó la cabeza, perplejo—. ¿Es ése mi nombre?

—Sí. ¿No le dice nada?

—No, nada —meneó la cabeza negativamente.

—Dana McCoy. Es su nombre completo. Trate de recordar, de asociarlo con algo, de evocar su vida...

—No puedo —suspiró él—. No veo nada. No recuerdo nada, doctora. —¿Por qué me llamó *doctora*?— preguntó ella vivamente, con un pestaño.

—No..., no sé. Supongo que lo es, ¿no? Esa bata, este lugar...

—Podría ser una enfermera.

—Claro, podría serlo... —Los ojos de él fueron a sus bonitas piernas, a sus zapatos marrón, a su falda *beige*. Meneó negativamente la cabeza—. No, no. Ellas visten totalmente de blanco. Usted es doctora.

—¿Lo dijo por eso?

—No sé. Tuvo que ser así, ¿no?

—Tal vez me recordó.

—No lo creo. No recuerdo nada, ya se lo dije.

—Podría estar fingiendo. Es lo que opina la policía.

—Ya sé. No, no finjo. Se lo prometo, doctora.

—Le creo, McCoy —ahora la mirada de aquellos bellos ojos reveló ternura, interés y comprensión—. Ha sufrido usted un serio accidente de automóvil. Pudo morir en él, pero salió casi ileso, salvo esos cortes y magulladuras. Lo malo es que su cabeza tiene esa placa de plata, y lo complicó todo. Ha sufrido algún daño, y ha perdido la memoria. La amnesia es más normal de lo que la gente cree, pero cuando es total, como ahora, ya no resulta tan frecuente.

—¿Ya nunca recordaré nada de mí?

—No diga eso. Lo más probable es que los recuerdos vuelvan gradualmente. Pero a veces hace falta algo, una clave, digamos.

—¿Una... clave?

—Sí. Un hecho fortuito, acaso algo insignificante, pero que a usted se le quedó grabado en su mente, sin usted mismo saberlo. Y ese hecho, desencadenaría los otros, rompiendo el muro de oscuridad que envuelve su mente en estos momentos.

—Doctora, usted sabe al menos parte de mi propia vida. ¿Por qué no me la revela? Tal vez en algo de eso esté la clave que usted cita.

—Es lo que iba a hacer ahora —suspiró ella, alzando en su mano una ficha de cartulina repleta de líneas mecanografiadas, y con unas reproducciones reducidas de sus radiografías cerebrales, anexas al documento—. Pero esto no forma parte de nuestra terapéutica. Cuando la policía supo que un hombre llamado Dana McCoy había sido intervenido en nuestro centro recientemente, aplicándosele una placa de plata, optó por consultar con el doctor Dekker, del hospital, sobre la conveniencia de trasladarle aquí. Pensaron que era lo mejor, y aquí está usted ahora. Le leeré esta ficha, pero no se haga demasiadas ilusiones. Al menos, sabrá quién es y lo que le sucedió recientemente, pero eso será todo.

Leyó su historial clínico. Su nombre, sus datos, su permanencia en Vietnam, la herida, el traslado a Estados Unidos, la intervención quirúrgica, la decisión de la junta médica militar, el alta como paciente, su regreso al mundo, con aquel trozo de plata en su

cráneo...

Y supo que estaba casado. Que su mujer se llamaba Deborah McCoy, que no tenía hijos, que era guionista de televisión...

Al final, la doctora le contempló en silencio, pendiente de su gesto. Hubo algo de desaliento en ella, cuando captó la expresión de su rostro.

—¿Esto le dice algo? —preguntó.

—No —suspiró amargamente él—. Nada en absoluto.

—Se lo dije, McCoy. No debía confiar en ello. La clave de sus recuerdos, sea cual fuere, no está aquí, en estos fríos datos clínicos y de su persona. Pero la policía ya conoce estos mismos datos. Ha ido en busca de su esposa. Ella vendrá aquí en poco tiempo. Usted la verá. Confiemos que eso desencadene el proceso evolutivo de sus recuerdos.

—Mi... esposa...

—Sí, eso dije —clavó sus ojos en él—. ¿Recuerda algo de ella?

—No —de repente se echó a reír—. Resulta curioso, ¿no? Uno está casado, tiene una esposa y ni siquiera lo sabe, ni recuerda cómo es ella... Será como casarse otra vez, como conocerla de nuevo... No sé si es buena o mala, fea o guapa, cariñosa o adusta, si tiene buen tipo o no.

—A eso puedo responderle yo —sonrió la doctora.

—¿Usted? —Pestañeó—. Oh, claro. Debe conocerla. De cuando estuve enfermo...

—No, McCoy. Cuando usted estuvo internado aquí, su esposa no vino una sola vez ni tan siquiera le telegrafió, le escribió o le telefoneó. Esto puede sonar duro, pero es mejor que sepa las cosas tal como son, y no se haga falsos conceptos de las cosas y de las personas para luego llevarse una nueva decepción cuando todo vuelva a la normalidad.

—Entiendo —inclinó la cabeza—. Ella no se interesó por mí... ¿Cómo la conoce usted en ese caso?

La doctora Gabler se encaminó a una mesa. Tomó una revista de allí. Era el *TV Pictorial*. Lo abrió por una página determinada que ya traía preparada. Puso ante los ojos de Dana una página con una fotografía en color de una mujer rubia y atractiva. Ella no miró a la publicación, sino a Dana, esperando sus reacciones.

El rostro de él permaneció inmutable, aunque reveló cierta

sorpresa.

—Vaya, es muy bonita... —murmuró—. Debbie McCoy, estrella de la IATB, dice aquí.

Estoy casado con una mujer famosa y atractiva... Cualquiera diría que es una suerte.

—¿No recuerda nada al ver su rostro? Fíjese bien en él, McCoy.

—Ya lo hago. Es encantadora. Sin duda tengo buen gusto..., pero no me aclara nada. Para mí es una perfecta desconocida.

—Va a ser un caso difícil —suspiró ella. Luego, bruscamente, preguntó—: ¿Quién es D. T.?

—¿D. T.? —Dana la miró con sobresalto, levantando la cabeza—. ¿Qué es eso, un acertijo?

—Quizá. Usted llevaba dos anillos cuando le encontraron. Uno, de oro, parece una alianza matrimonial.

Lleva sus iniciales, D. M., y una fecha: 1970, cuando se casó, sin duda alguna. Pero lucía otro en el dedo meñique, tal vez porque era demasiado pequeño para su mano. Un anillo barato, de plata, algo gastado. Tiene las iniciales D. T. Alguien debió regalárselo. Y no lo tenía cuando salió de aquí. Es reciente, por tanto. Alguna mujer con las iniciales D. T. ¿Eso le dice algo?

—Nada en absoluto. —Dana hundió el rostro entre sus manos—. Es desesperante, doctora. No hay cosa alguna que me haga reaccionar.

—No se desespere. Es sólo el principio. El doctor Wise y yo vamos a tratarle de forma adecuada. Será quizá un proceso lento, pero terminará por recordar, estoy segura. No creo que se trate de un caso de amnesia irreversible.

El teléfono de la mesilla sonó. La doctora se inclinó, tomándolo con rapidez.

—Doctora Gabler —dijo—. ¿Quién llama?

Escuchó en silencio. Su rostro se demudó de repente. Clavó sus ojos en Dana, que la miraba pensativo. Su voz sonó alterada al responder:

—Sí, sí, claro que lo entendí. Está bien. Le espero, teniente. Sí, puede ver al paciente, pero dudo que pueda sacar nada en claro con él. Sufre amnesia... No, no creo que finja. Las pruebas han resultado todas ellas positivas. No recuerda absolutamente nada de su vida privada... Sí, entiendo. Comprendo que es su obligación, teniente.

Pero el doctor Wise y yo tendremos que estar presentes en el interrogatorio. No podemos permitir que éste rebase ciertos límites. No por ahora al menos.

Colgó. Se quedó mirando a Dana con fijeza, mientras se ponía en pie. Casi con temor, él interrogó:

—¿Qué... qué ha resultado ahora de todo eso? ¿Era la policía, doctora?

—Sí. Era la policía, McCoy.

—¿Por qué se toman tanta molestia por el accidente? ¿Dañé a alguien?

—No dañó usted a nadie, pero... ahora no se trata del accidente. Escuche esto, McCoy. Va a resultar muy difícil que la policía se crea lo de la amnesia. Le van a apretar los tornillos cuánto puedan. Se trata de un caso de asesinato.

—¿Asesinato? —repitió Dana, atónito.

—Eso dije. Su esposa ha aparecido muerta en su piso de la calle Veinticuatro. Asesinada a golpes que destrozaron su cráneo...

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

—Asesinada...

—Exacto, señor McCoy. Y como comprenderá, ahora es cuando menos verosimilitud tiene su historia de la amnesia. Esa explicación es demasiado simple para que la creamos.

—Es la pura verdad, teniente... La doctora Gabler y el doctor Wise pueden confirmársela...

—Ellos son médicos, pero yo soy policía —cortó bruscamente el teniente Mulligan, de Homicidios—. Además, ¿puede fingirse una amnesia, engañando a los médicos, doctor Wise?

—Si el que la finge es un excelente actor y controla con gran serenidad sus más mínimas reacciones, es posible —admitió de mala gana el neurocirujano—. Pero realmente es difícil que pueda mantenerse el engaño por mucho tiempo y...

—Muchas gracias, doctor. Es todo lo que quería saber —el oficial de policía se volvió de nuevo a Dana—: Además, usted pudo matar a su esposa, tomar luego ese coche y lanzarse alocadamente a correr hasta estrellarse y sufrir esa posible amnesia. El hecho de que haya olvidado cuánto sucedió, no significa que sea inocente. Por el contrario, señor McCoy, eso podría ser también consecuencia de un complejo de culpabilidad que le atormentase, después de cometido el hecho.

—Y si así hubiera sido, teniente, ¿cómo podría yo ayudarle, si no recuerdo absolutamente nada?

—McCoy, tiene usted muchas cosas en contra, desgraciadamente. Nos hemos puesto en contacto con el personal de la emisora de televisión IATB, donde su esposa trabajaba como actriz, y usted trabajó como guionista hasta ser reclutado para Vietnam, y los informes previos no son nada esperanzadores para usted. Todos recuerdan que estuvo esta noche allí, que golpeó a un hombre, insultó a otros, y reprochó a su esposa cosas terribles,

marchándose luego de la emisora en un estado de gran excitación. Como verá, todo eso no contribuye precisamente a crear una imagen favorable de usted.

—Puede que hiciera todo eso, pero no creo que sea capaz de matar a nadie, y menos aún a mi propia esposa, teniente.

—¿No? ¿Qué haría un hombre que es capaz de irrumpir en una empresa privada, golpear a la gente, insultar a todo el mundo y reprochar a su mujer posibles relaciones íntimas con otro hombre? ¿No sería completamente lógico que ese mismo hombre, en su acaloramiento, regresara luego a la casa que había compartido con su esposa y, llevado por los celos, la ira, el despecho por haber sido sustituido en su puesto de escritor en la empresa, enfrentarse allí con su mujer, disputar agriamente ambos, y en un arranque de furia incontenible golpearla y golpearla, hasta dejarla sin vida? Luego, sí. Luego llegaría el arrepentimiento, las lamentaciones y todo eso, pero ya sería demasiado tarde. Ya nada tendría remedio.

—Teniente, creo que está perdiendo el tiempo. Si espera que confiese, ¿cómo supone que puede hacerlo un hombre que no recuerda nada de nada?

—¿Ni siquiera recuerda que pudiera tener usted una coartada para la noche pasada, McCoy?

—¿Coartada? —Dana se encogió amargamente de hombros—. ¿Cómo espera que lo sepa si no sé lo que hice ni dónde estuve?

—McCoy, esto no va a servirle de nada cuando el fiscal presente contra usted una acusación formal por asesinato.

—¿La han preparado ya? —indagó el doctor Wise gravemente.

—No, doctor, aún no —murmuró el teniente con aspereza—. Hemos de practicar aún algunas diligencias. Huelga decir que, hasta que se tome una decisión y el señor McCoy sea oficialmente arrestado, ustedes son absolutos responsables de lo que él haga, y que bajo pretexto alguno podrá abandonar este establecimiento. Por otro lado, un médico forense, especialista en neurología y psiquiatría, vendrá a colaborar con ustedes en la cuestión, y examinará al paciente de modo minucioso.

—Lo imaginaba —dijo algo seco el doctor Wise—. Puede hacer lo que guste. ¿Se considera, pues, que el señor McCoy está retenido aquí de forma oficial, a nuestra custodia?

—Eso es, exactamente, lo que quise decir —afirmó rotundo el

policía, poniéndose en pie y clavando sus ojos en Dana McCoy con gesto desabrido—. El caso parece muy claro, y no voy a dejar que una simple amnesia, real o fingida, pueda detener los engranajes de la ley, doctor Wise. A esa mujer, nadie tenía motivos para matarla, si exceptuamos a su propio esposo.

—¿Es cierto que ella le engañaba con otro hombre, teniente? — La pregunta venía de labios de la doctora Gabler que, al ver el gesto del policía hacia el paciente, añadió con firmeza—: No debe preocuparse por su posible reacción emotiva. Dada su actual amnesia, no puede sentir nada por el hecho de sentirse engañado. Para él, en estos momentos, su esposa no significa absolutamente nada.

—Bueno, parece que últimamente había buscado la protección del presidente de la emisora, Strother Adams —asintió el policía, ceñudo—. Al menos, siempre se la veía con él, y lucía costosos modelos, si bien su salario en la IATB era muy elevado, dada su actual fama. Investigaremos sus cuentas comentadas para ver si, además de su sueldo, ingresaba también dinero por otros conductos, aunque supongo que sí. Era al parecer la típica muchacha ambiciosa del mundo del espectáculo, que no tiene muchos escrúpulos en el momento de buscar el modo de llegar a lo más alto. Parece que el regreso de Vietnam de su marido era para ella más un estorbo que un motivo de alegría. Además, ella no debió mover un solo dedo para impedir que los altos cargos diesen a otro guionista el trabajo de McCoy, apoderándose incluso de ideas que él tenía en cartera en su despacho o envió desde el frente, y que el otro escritor plagió descaradamente. Sólo son rumores entre la gente de televisión, claro, pero eso nos da una clara idea de cómo estaban las cosas al volver McCoy. Y siendo así, ¿a quién puede extrañarle que Dana McCoy hiciera lo que hizo?

—Yo no maté a mi mujer.

La fría, rotunda afirmación del paciente, hizo girar la cabeza con sobresalto al oficial de Homicidios, que le escudriñó, agresivo.

—¿Cómo está tan seguro de eso, si afirma no recordar nada? — le replicó.

—No lo sé. No me pregunte el motivo, porque lo ignoro. Pero yo no pude matar a mi mujer, estoy seguro, absolutamente seguro de ello. Hay algo que me dice que yo no puedo ser un asesino.

—Pues yo nunca vi un caso más claro ni más simple —refunfuñó el policía—. Si no tiene coartada para anoche, entre dos y tres de la mañana, que es cuando, según el forense, debió ser asesinada Debbie McCoy, creo que el fiscal va a frotarse las manos de gusto el día que lleve el caso a los tribunales. No habrá abogado que le libre, McCoy, de eso estoy seguro.

Y salió de la estancia, tomando su sombrero con expresión huraña y poco amistosa.

Dana McCoy se quedó sentado en el lecho, la mirada fija en el vacío, con aquella ausencia de expresión que parecía ser últimamente la nota característica en él.

—No le haga caso —dijo suavemente la doctora Gabler, yendo hasta él y poniendo una mano en el hombro de Dana—. Yo le creo, McCoy.

—¿Usted? —Alzó sus ojos Dana hacia ella, y captó el brillo emocionado en los verdes ojos que casi ocultaba el destello de los cristales de sus gafas—. ¿Por qué habría de creer en mí? Recuerde que puedo parecer inocente, precisamente por ignorar que soy culpable...

—Usted tiene fe en su inocencia, ¿no es cierto? Lo dijo hace un momento, y sé que no lo hizo por impresionar a ese policía.

—Es diferente. Yo tengo que creer en mí mismo. Es lo único que me queda. Pero para usted, yo soy solamente un paciente más. Un paciente sospechoso de asesinato...

—Lo sé, McCoy. Sin embargo, no sé por qué, quiero confiar en usted y confío. ¿Le basta eso?

—Sí —suspiró él—. Gracias. Gracias, doctora...

—No me las dé aún. Espere a ver si logro devolverle la memoria.

—La memoria... —Dane se mordió el labio inferior—. Dios mío, ¿eso será bueno para mí, o resultará lo peor de todo?

—Eso sólo depende de que usted sea inocente... o culpable —fue lo que dijo ella antes de salir con el doctor Wise.

Y fue éste quien, al cerrar la puerta, recordó gravemente a McCoy:

—Ya ha oído al teniente Mulligan. Trate de no crear problemas aquí dentro. Le pondré un hombre en la puerta para que le vigile, pero quiero confiar en que usted no intentará nada...

—Tiene mi palabra, doctor..., mientras no me vea con la soga al

cuello —suspiró Dana—. En ese caso no podría prometerle nada.

El doctor Nelson Wise sonrió, meneó la cabeza de un lado a otro, y cerró suavemente la puerta tras de sí.

El diario desplegado ante los ojos de Dana McCoy, no presagiaba nada bueno. Aunque el teniente Mulligan aún no había regresado al Centro Médico de Neurología, los titulares y la información que encabezaban aquella primera plana, junto a fotografías de Debbie McCoy, extraídas de sus éxitos en la televisión, junto a otra fotografía mucho más macabra, en la que se veía extraer su cuerpo tapado por una sábana, de la puerta del edificio donde hallara la muerte, no había nada en aquel diario que fuese esperanzador para él.

«Se descubre póliza de seguro de vida, suscrita por Debbie McCoy, a favor de su esposo. 25 000 dólares percibirá el guionista Dana McCoy si saliera absuelto de este dramático caso».

Dana supo que aquella información era otra losa sobre él. Ya había más motivos aún que los puramente pasionales o de rencor. Estaban aquellos doscientos cincuenta mil dólares. Una suma que justificaba un crimen.

Aparecía también una fotografía suya, con una pregunta malévola de los reporteros de sucesos: «¿Es auténtica la oportuna amnesia que hizo olvidar al marido de la víctima toda su vida anterior?».

Cansado, dejó a un lado el diario. Las cosas se estaban poniendo feas para él. Cuanto más ahondaba la policía en el caso, más se iba complicando éste para Dana McCoy. Allí venían declaraciones a la prensa, por parte de Strother Adams, un hombre rico e influyente, que confesaba haber admirado y amado a la víctima, y que tuvo siempre la esperanza de que Debbie y su marido pudieran divorciarse en breve, para ser él su segundo esposo. Travis Dugan, el guionista de IATB, decía cínicamente que McCoy era un escritor acabado, que la guerra debió influir negativamente en él, y que había vuelto agresivo, insultante y camorrista. Por su parte, el productor y publicista Duncan Garrett, confesaba que cuando fue golpeado brutalmente por McCoy, sin mediar provocación alguna,

vio en sus ojos un brillo homicida que llegó a causarle terror, y que nunca antes advirtiera en él.

Como se veía, la tela de araña se iba cerrando implacablemente en torno suyo. Sólo un hombre, Jerry Miles, vigilante de la emisora de televisión, empleo conseguido gracias a su parentesco con la víctima, declaraba a favor de Dana. Era hermano de Debbie McCoy, afirmaba que Dana fue siempre una excelente persona, que estaba algo irritable aquella noche, y se comportó con excitación, pero no le pareció peligroso en ningún momento. Afirmaba rotundamente que no creía en absoluto en la culpabilidad de su cuñado en tan horrible crimen.

—De poco servirá lo que diga él —murmuró Dana para sí amargamente—. Tienen más peso los otros... y a la gente le gusta que le caven a uno la tumba. Creo que el teniente Mulligan tuvo razón. El fiscal va a tener una perita en dulce conmigo.

Tras leer todo aquello, la lucecita que esperaban todos que llegase a brillar en su mente, seguía apagada. Ninguna declaración, ningún nombre le decían nada concreto. Absolutamente nada.

Era desesperante. Si había una oportunidad, una sola, de luchar contra todo aquello, él no la poseía. Si existía una posible coartada que tirase por tierra todo ese edificio de evidencias contra él, él no podía presentarla, porque la desconocía totalmente.

El hilo de sus pensamientos se interrumpió, cuando la doctora Gabler asomó por la puerta y se quedó mirándole.

—¿Todo bien? —preguntó, amable.

—Si puede estar algo bien, después de ver eso... —murmuró Dana, señalando el periódico.

No debe hacer caso a la prensa. Es sensacionalista, porque eso gusta a la gente y hace vender más ejemplares. Es buena señal que ese policía no haya vuelto por aquí.

—¿También es buena señal que mi mujer tuviera un seguro a mi nombre? Y nada menos que de un cuarto de millón...

—Bueno, es de suponer que, de haber sido usted culpable, hubiese hecho las cosas de modo que pareciese un accidente, en vez de dejar las cosas de esa forma. Significaría doble indemnización, y usted cobraría el seguro sin problemas. Pero un asesino, difícilmente puede ser beneficiario del seguro de su víctima, ¿no cree?

—Sí, entiendo eso. Pero no deja de ser otro factor negativo en mi contra. Dirán que me ofuscó el odio, los celos, y la posibilidad de cobrar ese seguro, pero que luego no salieron bien las cosas.

—McCoy, ¿por qué no se preocupa más por recordar que por darle vueltas inútilmente a este asunto en su cabeza? —le reprochó ella—. Esta tarde le examinará un psicoanalista y harán una serie de pruebas para tratar de hallar algo alojado en su subconsciente. No se garantiza nada, pero puede ser un camino por romper ese muro de sombras que rodea su mente y la bloquea. Usted, sin embargo, tendría que ayudar en ello lo más posible.

—¿Cree que no lo intento una y otra vez? Repaso hechos, nombres, busco algo que me resulte familiar en mi vida pasada... Incluso me he leído esa serie de reportajes bélicos de Vietnam que usted me proporcionó. Y nada. Sigue el vacío. Empiezo a desesperar, a perder toda esperanza, doctora Gabler.

—No, eso no —ella, súbitamente, tomó una de sus manos y la apretó con fuerza entre las suyas—. No desespere nunca. Nunca, McCoy. Siga luchando. Estoy segura de que, tarde o temprano, esa clave que buscamos aparecerá... y usted empezará a recordar. Algo, aunque sea nebuloso, torpe, sería suficiente. Significaría que habíamos agrietado al fin el muro y que la luz empezaba a entrar. Hágame caso, McCoy. Luche. ¡Luche!

Repentinamente, pareció darse cuenta, con asombro, de que retenía en sus manos la de él, y la retiró algo turbada. Dana observó el repentino rubor en sus mejillas, y desvió la mirada, sintiéndose de pronto incómodo.

—Lo haré, doctora —prometió—. Gracias. Me da usted muchos ánimos.

—Sólo lo intento... —Ella, de repente, observó que se había desabotonado su blusa, y trató de abotonarla, nerviosamente, sin poder evitar, sin embargo, que fuese visible para Dana su sostén calado, color *beige*, rodeando en parte los bien formados senos.

Ocurrió algo. La visión de aquellos encantos, fugaz pero turbadora, provocó un escalofrío en Dana McCoy.

Súbitamente, ante sus ojos desfiló una rápida imagen como la de un fotograma congelado. La imagen de unos senos, de una cadenita de plata con un pequeño corazón colgante, hundiéndose en la profunda canal, entre ambos.

—Dewey... —musitó.

—¿Eh? —La doctora le miró fijamente—. ¿Qué ha dicho?

—No... no sé... —Turbado, Dana clavó sus ojos en ella—. Fue de repente...

—¿De repente? ¿El qué? —le apremió ella, avanzando hacia él—. ¿Qué fue? ¿Qué nombre ha dicho?

—Dewey... Sí, eso es, Dewey.

—¿Quién es Dewey? —Le acosó la doctora Gabler, brillantes sus verdes pupilas.

—No... no recuerdo...

—Tiene que recordar. ¡*Tiene* que recordar! Ese nombre, Dewey... Puede ser de hombre o de mujer. Pero ¿recuerda el anillo de plata de su meñique? Llevaba las iniciales D. T. ¡Puede ser Dewey T.! ¿Es que no se da cuenta? De algún modo, *algo* ha servido de clave para despertarle un recuerdo, uno solo. Y eso puede ser suficiente. Puede ser el principio... Recuerde, por el amor de Dios, McCoy. ¿Qué le hizo recordar ese nombre precisamente?

—No... no sé —mintió él, su mirada fija ahora en aquella bata blanca, bajo cuyo tejido había vislumbrado fugazmente aquellos bellos pechos—. No sé...

—¡Míreme fijo a los ojos! Me está mintiendo, McCoy. Y no puede, no debe hacerlo. No ahora, ¿entiende? Es importante, *muy* importante, que recuerde. ¿Qué fue lo que le trajo a la mente el nombre de Dewey?

—No... no debo decírselo. Es... es vergonzoso, doctora...

—Oh, McCoy, me desespera usted. Está en juego su vida, su mente, su futuro, y usted me viene ahora con ésas. Entienda de una vez, necesito saber qué le hizo recordar ese simple nombre. ¡Sea lo que sea! ¿Entendió?

—Sí... —Él tragó saliva. Señaló a su busto—. Fue... *eso*.

—¿El qué?

—No pude evitar... Vi parte de su seno...

—¿Mi seno? ¿Eso le hizo recordar?

—Oh, sí. Es ridículo, lo sé. Pero fue así y...

Ella, rápida, insistió:

—¡Recuerde, McCoy! ¡Haga un esfuerzo! ¿Fueron mis pechos los que le hicieron recordar?

—Sí, sí —musitó él—. Senos de mujer... Los de Dewey...

—¡Siga, siga!

—Los de ella... —jadeó Dana, recordando un automóvil en la noche, un cuerpo de mujer junto al suyo.

—¿Era así? ¿Así los vio usted, McCoy? —Le martilleó ella.

—Ella... ella temblaba... El coche iba de prisa. Lo detuve en la cuneta. El motel estaba cerca... Yo... acariciaba... besaba...

La doctora Gabler se inclinó más sobre él.

—¡Prosiga, McCoy! ¡Siga pensando en cuanto sucedía!

—Ella... Dewey... y yo... —Dana proseguía—: Estuvimos juntos toda la noche... Íbamos a terminarla en el motel. A la chica, yo le gustaba... y ella a mí. Dewey... Dewey...

Crecía su excitación. Y su voz desgranaba los recuerdos, insensiblemente:

—Luego, ella me rogó que esperásemos. Puse el coche en marcha. Seguimos hacia el motel. Yo quería olvidar... Olvidar a Debbie, a todos los demás... Había bebido mucho. Pero conducía despacio. Y de repente surgió aquel otro coche, nos lanzó a la cuneta, volcamos... No recuerdo más...

Ella se apartó lentamente, como con trabajo. Dana la contemplaba con fijeza.

—¿Cómo se llamaba ella?

—Dewey... Sólo eso: Dewey... No me dijo más. Era camarera...

—Dana McCoy. ¿Recuerda algo más ahora?

Sí... —Tragó saliva—. Casi todo... Debbie, Strother, Adams, Dugan, Garrett... la emisora... Usted, doctora... La operación, la placa de plata...

Vietnam... Sí, todo va viniendo a mí borrosamente...

—Ha dicho... ha dicho que estuvo con ella *toda* la noche —musitó la doctora Gabler.

—Sí...

—¿Qué significa exactamente *toda la noche*? ¿De qué hora a qué hora?

—Debían ser las doce cuando entré en el Aloha. Quizá las doce y media...

—¿El Aloha?

—Un club nocturno, en la misma calle de la cafetería... Salimos de allí. Fuimos de sitio en sitio. Luego, eran las cinco y media cuando íbamos al motel...

—McCoy, esto es vital —le advirtió ella serenamente—. ¿En ningún momento de la noche se separaron uno de otro?

—No, en ningún momento. Sólo unos instantes en algún lavabo o tocador. Cosa de tres o cuatro minutos.

—Eso no es separarse. McCoy, ésa es su coartada. Esa chica, Dewey, puede confirmarla, salvarle de toda posible acusación... —Repentinamente, la doctora se puso seria—. Pero en el coche no había nadie más que usted cuando le recogieron...

—Ella debió salir, asustada. Se alejaría, tal vez herida, para evitar escándalos... A veces, esa clase de chicas son casadas o tienen un lío más o menos formal. O temen perder su empleo...

—McCoy, ¿y si ella negase todo esto? —Se inquietó ella—. Con esos motivos, podría suceder así, ya que no se ha presentado aún, pese a cuánto publican los diarios e informa la televisión...

—Es posible que primero pudiera salir de allí y marcharse... y luego quedase malherida o esté inconsciente, y no haya sabido nada... —argumentó McCoy, incorporándose con el rostro iluminado—. Doctora, tenemos que hablar con el teniente Mulligan... ¡Yo no maté a mi esposa, ahora lo sé!

—Sí, McCoy. Usted lo sabe. Y yo creo saberlo. Pero necesitamos que el teniente también lo sepa. El testimonio de esa chica es vital. ¿Sabe cuál es la cafetería donde presta sus servicios?

—Claro —se lo dijo—. ¿Qué piensa hacer?

—Algo muy sencillo. Espere aquí —descolgó, pidiendo línea con el exterior. Solicitó de información el número de la cafetería y lo marcó con decisión. Luego, esperó mientras miraba fijamente a Dana—. Antes de tomar decisión alguna, vamos a tantear el terreno usted y yo.

—Doctora, ¿por qué se toma tanto interés por mí?

—Porque es mi paciente —ella pareció momentáneamente turbada y desvió sus verdes pupilas.

—A pesar de todo... —Dana humedeció sus labios—. No sé cómo agradecerle...

—No diga nada —alguien debió ponerse al teléfono, porque ella comenzó a hablar—: Por favor, necesito hablar con Dewey, la camarera. Soy familiar suya, sí. Es muy urgente. ¿Cómo? ¿No está ahí? ¿Ha pedido permiso de varios días? Sí, entiendo... ¿Sabe dónde puedo encontrarla? Acabo de llegar a Nueva York, y necesito verla

antes de irme nuevamente de aquí. Sí, entiendo, gracias.

Tapó el micrófono y miró a Dana con cejas arqueadas para informarle:

—La chica telefoneó ayer, su día libre para pedir varios días de permiso por razones familiares. Hay algo en esto que no me gusta, McCoy. Ahora van a darme su dirección.

—Es raro. Si ella misma llamó, es que está bien. Pero entonces, ¿por qué no se ha presentado a la policía al enterarse de...?

—Sí, sí —prosiguió la doctora, tras hacer un gesto a Dana, siguiendo su charla telefónica. Su gesto reveló cierta decepción—. ¡Oh, entiendo...! Está bien, gracias de todos modos. Intentaré localizarla.

Colgó. El desaliento era evidente en ella.

—Tienen su dirección, pero la que tuvo hasta el mes pasado, en que se cambió de domicilio y aún no había dejado ésta allí. No saben dónde vive ahora.

—Espere —dijo bruscamente McCoy, con expresión repentinamente iluminada—. Está el Aloha.

—¿El Aloha? ¡Oh, ese club! Tal vez allí ni la conozcan siquiera...

—Tal vez. Perú el barman sonrió al verla. Y ella seguro que iba a menudo por allí. Se podría intentar...

—La policía ahuyentaría la pieza en cuanto pusiera sus pies allí. Y si yo voy, es posible que también me rehúya en cuanto la aborde, si está dispuesta a callar lo que sabe.

—En eso tiene razón, doctora. No hay otra solución, a lo que veo.

—La hay, McCoy. Es muy arriesgada, pero... la hay.

—¿Qué quiere decir? —Él la miro, preocupado.

—Tiene que prometerme bajo palabra de honor no aprovechar la situación para escapar. Sería su peor error, aunque fuese culpable.

—¿A qué se refiere? ¿Escapar de aquí? Si el doctor Wise vigila este cuarto, esta planta... Y seguro que el teniente dejó hombres suyos en torno al edificio del Centro Médico.

—Seguro. Pero usted va a salir esta noche de aquí, aunque sólo sea por una o dos horas, McCoy.

—¿Qué... qué está diciendo? —balbuceó Dana, estupefacto.

—Lo que ha oído. De los detalles me cuidaré yo. Si alguien

puede esperar en el Aloha, reconocer a la chica y abordarla con éxito..., ese alguien es usted mismo. Ahora, escuche el plan que tengo para esta misma noche...

CAPÍTULO II

Resultó pasmosamente sencillo.

Ni el personal de servicio en la planta, a quienes ella alejó momentáneamente, con un fácil pretexto, y mucho menos los dos policías que, en el automóvil aparcado frente al recinto clínico vigilaban el mismo, pudieron sospechar cosa alguna.

La doctora Gabler lo planeó todo perfectamente. Su visita de aquella noche al paciente, sirvió para traerle las ropas de enfermera, con gorro y mascarilla. Cuando salieron de la habitación, tras apagar ella la luz de la misma, dejando un bulto bajo las sábanas, engañoso en la penumbra, se encaminaron a la salida de emergencia del Centro Médico, como si fuesen doctora y enfermero en charla animada. Una vez allí, la doctora le hizo tomar una camilla con ruedas de un compartimento de servicio, pusieron bajo una sábana otro bulto hecho con almohadas, y salieron tranquilamente al patio de ambulancias, encaminándose a una de ellas. Desde la calle, los policías observaron la maniobra que, como tantas otras del Centro Médico, les resultaría sin duda rutinaria.

Luego, rápidamente, dejaron la camilla escondida en una zona oscura, más allá de las ambulancias, y la doctora le guió hacia una puerta que les condujo a otro patio, éste destinado a aparcamiento de automóviles particulares. Ella avanzó decidida hacia un coche pequeño, color gris acero, con las llaves en la mano.

—Es mi coche, McCoy —explicó—. Espero que no nos detenga nadie en el exterior. La aventura ha comenzado.

Subieron al automóvil, saliendo del *parking* del recinto médico sin prisa alguna. Pasaron ante el coche de los policías, charlando entre sí animadamente, McCoy ya sin mascarilla ni gorro, pero sí con el rostro inclinado sobre unos gráficos clínicos bien visibles, como si comentase algo importante. La doctora asentía, siguiendo la comedia con perfecto dominio de sus nervios. Los policías ni se

inmutaron. Dejaron atrás su automóvil, doblaron la esquina, y entonces aceleró ella.

—Ahora, al Aloha —dijo—. Puede vestirse de persona normal. Traje sus ropas en una bolsa, y las dejé dentro del coche antes de preparar la salida.

Señaló atrás. McCoy tomó una bolsa de lona, de la que extrajo sus pantalones, camisa y demás prendas. Un poco turbado, miró de reojo a la doctora. Ella se echó a reír suavemente.

—Recuerde que he visto a muchos hombres desnudos antes de ahora. Usted es sólo mi paciente, no una aventura nocturna. Puede desnudarse y vestirse sin temor. No va a ruborizarme.

—Lástima no saberlo antes... —suspiró Dana McCoy, malicioso, comenzando a cambiar sus ropas incómodamente en el angosto encierro del coche.

Cuando alcanzaron la zona más frecuentada, McCoy vestía ya sus ropas, algo arrugadas y con huellas del accidente sufrido, pero todavía suficientes para poder entrar en un club nocturno sin que le echaran con cajas destempladas.

—Tome dinero —la doctora puso en su bolsillo unos billetes—. No me gustaría tener que pagar yo en ese club. No quedaría bien.

Dana rió de buen humor, repentinamente esperanzado y animoso, gracias a la ayuda que la doctora Gabler le estaba prestando en tan difícil situación. Si hallaba a Dewey en el club y la convencía para que declarase la verdad, estaría a salvo de toda acusación, y el teniente Mulligan no podría acusarles de nada a él y a la doctora por su evasión nocturna.

Pero si algo salía mal esta noche... No quiso ni pensar en ello.

—Ya hemos llegado —señalo el luminoso parpadeante del local—. Esta noche sólo beberé un *whisky*, doctora. Necesito controlar mi mente lo más posible.

—Eso espero de usted. Éste no es un juego, McCoy. Si fracasamos y el teniente se entera de esto, no sólo usted se verá en apuros, sino que yo seré acusada como encubridora suya. Vamos allá.

Dejaron el coche aparcado, y entraron en el Aloha. Aún era pronto, y había poca animación en el local. Dana recordó que ella acostumbraba a ir tarde, pero si ahora disfrutaba de un permiso tal vez iría antes por allí. O no iría nunca.

Se sentaron en una mesa discreta, en un rincón. Desde allí dominaban toda la sala, y ellos permanecían en la sombra. Era lo más prudente, dada la publicidad que el rostro de Dana McCoy había tenido últimamente en prensa y televisión.

—Esto no sorprenderá a nadie —sonrió la doctora—. Las parejas buscan siempre los rincones oscuros. McCoy, si hemos de fingir y no despertar sospechas, será mejor que imitemos a las demás parejas. ¿Se ha fijado en ellas?

Miró en derredor Dana. Arrugó el ceño. Las tres o cuatro parejas que salpicaban los rincones umbríos del local, no podía decirse precisamente que estuvieran escuchando la música o preocupados por los demás. Bastante tenían consigo mismos.

El más casto se limitaba a besar y acariciar a su compañera. Los otros, valía más no profundizar en lo que estaban haciendo, al amparo de las penumbras.

—Bueno, creo que tiene usted razón... —Se azoró Dana—. Pero sólo la besaré superficialmente, no tema.

—Yo no temo nada. Y valdrá más que no despertemos sospechas mostrándonos demasiado fríos. Usted es un tipo atractivo, ya lo sabe. ¿Tan poco valgo yo como mujer, que a la gente le convencería vernos cómo dos hermanitos?

—Doctora, es usted muy atractiva, pero...

—McCoy, esto forma parte de nuestro plan, no lo olvide. Es preciso fingir a la perfección, o se fijarán en nosotros, y eso haría que tal vez alguien reconociera su rostro, avisando inmediatamente a la policía, puesto que todo el mundo en la ciudad sabe que está usted provisionalmente vigilado en el interior de un centro hospitalario. De modo que hágalo lo más convincentemente posible, como pienso hacer yo. Espero que no sea demasiado sacrificio para usted...

Y le rodeó impulsivamente con sus brazos, aplastando su boca en la de él, con ardorosa pasión, poco antes de que el camarero les sirviera sus consumiciones. Ellos prosiguieron abrazados, unidas sus bocas, y el camarero, evidentemente habituado a tales efusiones, se limitó a servir los *whiskys* y alejarse indolente por entre las mesas.

Las manos de la doctora Gabler recorrían su espalda, su nuca, en caricias apasionadas. Dana continuó besando a la doctora, sintiendo sus carnosos labios contra los suyos.

—McCoy, ya se da cuenta... —musitó ella entre dientes—. Vamos a seguir fingiendo. No podemos ser una excepción aquí... Que te oigan la voz. Llámame por mi nombre... Audrey. Para mí, tú serás... Johnny. ¡Adelante, Johnny, mi vida! —concluyó con voz ligeramente más alta.

—Audrey, eres maravillosa... —musitó Dana—. Nunca pensé...

—Calla, Da... Johnny —susurró ella a su vez, tapándole la boca con sus dedos, una sonrisa en sus labios temblorosos. Y añadió en voz baja—: Ha sido convincente. Nadie puede sospechar de nosotros, estoy segura.

—Yo también —asintió Dana, sintiéndose culpable—. Lo malo es que yo... yo sí sentí la felicidad contigo, Audrey... Perdón, doctora Gabler... Yo... olvidé todo en estos momentos, y ésa sí fue una amnesia maravillosa...

—Calla —le cortó ella con repentina firmeza. Miró por encima de su hombro—. Entra una mujer. ¿Es ella quizá?

Dana se volvió levemente, con disimulo. Su corazón dio un brusco vuelco.

—¡Cielos...! —masculló—. Sí, es Dewey... ¿Cómo supiste...?

—Intuición, simplemente. Y lo que me describiste de ella —sonrió—. Y se mueve como una camarera...

Dewey. Era ella. Con otro vestido de noche, color malva. Caminando con desenfado hacia el bar. Allí pidió algo y el barman la saludó, sonriente. Dana encajó las mandíbulas. Una fría ira le dominaba.

—Parece en buen estado, no se le ven heridas... ¡La muy...! Y no ha ido a declarar a la policía, a sacarme del lío... ¿Por qué?

—Eso tenemos que saberlo esta misma noche —la doctora clavó sus ojos verdes en la camarera—. Mira, parece que Va a estar poco tiempo aquí. Se marcha. Tal vez preguntó por alguien y ahora va a otro sitio...

Dewey, ciertamente, había dejado su consumición a medias. Se alejó hacia la salida del local. Rápido, Dana se incorporó.

—Quédate tú aquí, Audrey —llamaba ya a la doctora tal y como lo hiciera durante la escena que acababan de representar—. Esto es ya cosa mía.

—Ten cuidado —avisó ella, del mismo modo—. Es peligroso dar un paso en falso, no lo olvides. No obres violentamente con ella.

Sería contraproducente...

Dana asintió, cruzando la sala con rapidez y subiendo las escaleras de acceso a la calle en pos de la camarera. Le dio alcance ya en la acera, no lejos del portero del Aloha. Miró en torno, a la calle desierta. Luego, avanzó unas zancadas y la sujetó por un brazo.

Sobresaltada, ella se volvió. Dilató mucho sus ojos al verle.

—¡Dana! —Casi gritó, palideciendo—. ¡Tú aquí! Dijeron que estabas...

—Sí, dijeron que estaba en un hospital, arrestado provisionalmente, ¿no? —Las palabras las mordía rabiosamente él por contenerse—. Y tú, mientras tanto, vas por ahí tan tranquila, sin molestarte en ir a declarar, en facilitarme la coartada, en revelar a la policía que estuvimos juntos toda la noche...

—Pero tú no recordabas nada. Sufrías amnesia...

—¿Y qué importa eso? —Se irritó Dana—. Sospechan de mí. Tú sabes que yo no pude ser quien mató a mi mujer. El crimen ocurrió entre dos y tres de la madrugada. ¿Dónde estábamos entonces? ¿En el Paradise, en el Pengüin, en el Tower...? ¿En cuál, Dewey?

¡Vamos, tienes que venir conmigo, declarar a la policía toda la verdad!

—No, no, Dana, no puedo... Si hiciera eso... sería mi ruina... —sollozó ella, trémula.

—¿Tu ruina? ¿Por qué? ¿Es que vas a dejar que a un hombre le sienten en la silla eléctrica o le metan de por vida en una celda, sólo para que tú te veas mezclada en el escándalo? ¿Ante quién tienes que callar la verdad y negar lo de esa noche?

—Dana, yo... yo estoy muy asustada. Mi trabajo, mi amigo... Hay alguien que me mantiene, que me ha cambiado de casa, que me hace vivir mejor... Lo de esa noche fue solo una aventura, una tontería mía, porque él estaba ausente. No le conoces. Me mataría si... si supiera que yo... estuve con otro hombre todas esas horas.

—De modo que creíste tener mucha suerte por salir tan bien librada del accidente, y poder escapar del escenario del choque, ¿eh, Dewey? Así no había escándalo, nadie sabía de ti... Luego, supiste lo del crimen. Pero yo no recordaba nada, y eso era lo mejor que te podía suceder. Por desgracia sí recuerdo ahora, y voy a obligarte a que declares.

—¡No, no! ¡Suéltame, Dana! —gritó ella, forcejeando por desprenderse de su presión en el brazo—. ¡No diré nada a nadie! ¡Negaré cuánto tú dices! ¡Lo juro!

—No escandalices. Tienes que razonar y comprender. No quiero obligarte a nada por la fuerza. No deseo que esto vaya más lejos. Vendrás ahora conmigo, y todo se pondrá en claro. La policía te protegerá, ocultará muchas cosas, no publicarán nuestra historia que, por otro lado, no tuvo nada de malo... ¿Te basta eso?

—¡No y mil veces no! —chilló Dewey, exaltada—. ¡Suéltame! ¡Me matarían si hablase!...

Aquellas palabras se le habían escapado bruscamente. Y en pleno zarandeo cayó el bolso de su brazo, se abrió en la acera, y se desparramaron sobre el asfalto muchos billetes de veinte dólares. Demasiados, incluso. Y aun en el fondo del bolso, captó la mirada de Dana McCoy la presencia de otros billetes de cien. Había allí una respetable suma.

Ella se quedó mirando el dinero con ojos dilatados. Dana, de repente, tuvo una horrible sospecha.

—Dewey... Dijiste que te matarían si hablabas... —Silabeó—. ¿Qué significa eso? ¿Quién iba a matarte por eso? ¿Quién te dio tanto dinero? Al menos llevas ahí dos mil dólares... Es demasiado dinero para una simple camarera de cafetería, por mucho que te ayude tu amiguito... ¿Te han pagado por algo? ¿Acaso por callar? ¡Habla de una vez, Dewey, o te arrancaré las palabras a golpes!

—¡No, no, déjame! —chilló ella, echando repentinamente a correr, sin molestarse siquiera en recoger el dinero disperso por la acera—. ¡No tengo nada que decir! ¡Absolutamente nada! ¡No estuve contigo esa noche más que un momento! ¡Es lo que diré!

Dana observó que el portero del club iba hacia ellos, para tratar de saber lo que sucedía. Por otro lado, el dinero seguía disperso en el asfalto, y Dewey corría hacia las calles próximas, con toda la rapidez de que era capaz. Se había desgarrado su falda, que recogía en torno a sus piernas para facilitar la carrera. En una esquina perdió un zapato, y siguió corriendo.

Dana McCoy se lanzó resueltamente tras de ella. Estaba dispuesto a actuar duramente.

Dewey era su única ayuda, su única posibilidad, y no iba a dejarla escapar estúpidamente. La sospecha de que alguien la había

sobornado para que callase, amenazándola con otra acción más violenta si llegaba a hablar, se iba haciendo más y más fuerte en su cerebro.

Y esa persona, sólo podía ser una: el asesino...

—¡Dewey, espera! —rugió, mientras ganaba terreno en su carrera en pos de la camarera—. ¡Espera, maldita sea! ¡No vas a salirte con la tuya! ¡La policía te sacará la verdad, quieras o no!

Ella le oía, pero no se detenía por eso. Alcanzó la acera de una calle amplia y bien iluminada. Luego, al ver que él la perseguía resueltamente, echó a correr por la calzada, aprovechando que la luz del semáforo la favorecía en ese momento.

A pesar de ello, el automóvil surgió de repente, sin detenerse ante el disco rojo. Dewey se paró en seco, petrificada por el horror, al verse venir encima el vehículo lanzado. Dana McCoy también se detuvo, con ojos desorbitados, contemplando al monstruo metálico que, sin detenerse, alcanzó a Dewey, la lanzó hacia delante violentamente, y luego la arrolló, pasando las ruedas por encima del cuerpo de la infortunada joven.

El coche no se detuvo, sino que aún aceleró más, y se alejó, doblando una esquina, con un maullido áspero de frenos, para perderse en las calles de Manhattan. Dana corrió ahora hacia la calzada, al tiempo que lo hacían otros varios transeúntes, y algunos automóviles paraban, descendiendo de ellos sus ocupantes para interesarse por la víctima del atropello.

Dana fue el primero en llegar e inclinarse sobre la víctima. No necesitaba ser médico para saber que ya nada podía hacerse por Dewey, la camarera.

Se incorporó, anonadado. Miró a ambos lados de la calle, como sonámbulo. Luego, descubrió a la doctora Gabler.

Estaba allí, frente a él, inmóvil en la acera, jadeando aún por la carrera emprendida. Se acercó a ella. La miró. Los verdes ojos de Audrey Gabler se clavaron en los suyos.

—¿Está...? —preguntó roncamente.

—¿Muerta? Sí. La aplastaron sin piedad. —¿Un... accidente, Dana?— musitó ella.

—Sólo lo parece. Yo sé lo que fue: un crimen, Audrey. La mataron. Fría y deliberadamente...

—Lo imaginaba. Era demasiado casual... como tu propio

accidente de esa noche —habló ella gravemente.

—¿El accidente de la carretera? ¿Qué quieres decir?

—El asesino, Dana. Vigila. Te vigila a ti. Desde antes quizá de matar a tu mujer. Esa noche sabía dónde encontrarte... No pudo ser casual. Se precipitó sobre vosotros con la idea de matarte. Tal vez conocía bien tu coche, tus costumbres... ¿Era la primera vez que ibas a aquel motel?

—No. Había ido otras veces —declaró, mirándola perplejo—. Ya sabes: aventuras de una noche. La televisión, el mundo de los artistas... Son cosas que pasan.

—No tienes que explicarme nada. Lo cierto es que sabían que si conquistabas a una chica, te la llevabas allí, a ese motel. Alguien te seguía, te vio ir hacia allá, y se adelantó a esperarte. Os arrolló, pensando matarte. Era el crimen perfecto. Un esposo asesino, que luego se mata en accidente con otra mujer, su amante... Pero le falló el plan. Tú y ella vivíais...

—Y la sobornó a ella para que callase. Luego, esperó a que me acusaran a mí de asesinato. Sí, eso tiene sentido. Pero no se fiaba. Vigilaba de cerca a la chica. Esta noche, al verla salir, me vería a mi tras ella. Comprendió que el mejor procedimiento era silenciarla para siempre... y lo hizo.

—Exacto, Dana. Ahora todo ha terminado. Ya no tienes coartada alguna. Ella era la única que podía confirmarla. ¿Qué vas a hacer?

—No sé, Audrey —confesó amargamente Dana—. No se me ocurre nada...

Las sirenas policiales de los patrulleros rasgaron el aire húmedo de Manhattan. Se aproximaban al lugar del trágico suceso. Dana se estremeció.

—La policía... —dijo roncamente—. Me reconocerán, Audrey...

—Eso me temo. Aunque nos marchemos, te recordara el portero, de ese club... De todos modos, tenemos que volver.

—Sí. Diré que escapé sin que tú lo supieras. No puedo involucrarte en esto. Ya hiciste demasiado por mí.

—Soy tu médico, Dana —le recordó ella con suave sonrisa.

—No, Audrey. Eres algo más que eso: mi ángel guardián... No mereces complicarte en todo esto. Y no lo harás, digas lo que digas. Ahora, perdóname. Pero tengo que hacerlo... o te verías involucrada en este feo asunto...

Antes de que la doctora Gabler pudiese sospecharlo, Dana McCoy descargó un seco golpe en su mentón con los nudillos apretados. Con gesto de aturdimiento y estupor, ella empezó a desplomarse. Antes de caer, los brazos de Dana la retuvieron, y le despojó de sus gafas, que puso en el asfalto, junto a ella.

Algunos curiosos se detuvieron, sorprendidos por el hecho, y dejando caer suavemente el cuerpo de Audrey a la acera, Dana gritó de modo que todos pudieran oírle:

—¡Estoy harto de su vigilancia, doctora Gabler! ¡Ahora no va a impedirme usted que me escape! ¡Y ya no la necesito, para que me acompañe en esta fuga! ¡Si la obligué a venir conmigo, fue porque la necesitaba, sólo por eso! ¡No la mataré, como le dije, porque eso era sólo una amenaza para asustarla! ¡Adiós, doctora Gabler!

Y echó a correr ante el asombro general, perdiéndose por una esquina, en tanto los presentes no sabían ahora a quién rodear, si al cadáver de la mujer atropellada, o a la otra mujer abatida de un golpe por el hombre que huía.

CAPÍTULO III

«Dave McCoy, sospechoso de asesinato, escapa del Centro Médico.

»La doctora que cuidaba de él, obligada a seguirle a viva fuerza, golpeada por el fugitivo.

»Orden de busca y captura de Dave McCoy».

Eran los titulares de la edición matinal de los periódicos. Dana McCoy los echó a un lado y sonrió duramente. Ingirió un par de aspirinas con un sorbo de agua. Su cabeza volvía a dolerle, allí donde le inyectaran la placa de plata. No podía decirse que gozara de la tranquilidad suficiente para recuperarse de la intervención quirúrgica.

Sobre la muerte de la camarera Dewey Taylor, soltera y de veintisiete años, en accidente automovilístico, apenas unas líneas en un recuadro perdido en otras páginas del diario. Sin la menor relación con él y con la doctora Gabler.

Numerosos testigos del suceso, afirmaban haberle oído a Dana McCoy hablar a la doctora en términos que no dejaban lugar a dudas, mientras la golpeaba e iniciaba la fuga. Ello demostraba que cuando escapó del Centro Médico, ella le acompañaba a la fuerza, bajo amenazas de muerte.

—Al menos, ella quedará al margen de esto, aunque el teniente Mulligan sospeche algo —murmuró para sí Dana, contemplando ensombrecido el panorama de aquellas calles del Bowery donde había encontrado alojamiento, sin que nadie le preguntara quién era ni de dónde venía.

Después de todo, a quienes alquilaban aquellos miserables cuartuchos por diez o quince dólares diarios, lo que les importaba era el dinero, no los clientes. Pero sabía que, aun así, no podía permanecer mucho tiempo allí, o correría grave peligro.

La policía debía de estar realizando intensas batidas por toda la ciudad en busca del hombre a quien había orden de dar caza como fuese. Mientras tanto, alguien que había aplastado el cráneo de Debbie a golpes, que había lanzado sobre él y Dewey un automóvil, y que luego había arrollado a sangre fría a la muchacha, andaba suelto y en la impunidad, sin que nadie sospechara de él.

El asesino se sabía a salvo. Ya no había nadie que pudiera ayudar a Dana McCoy a demostrar su inocencia. La coartada se había hundido definitiva, totalmente.

Dana sabía que sólo existía un medio de demostrar que él no mató a su mujer. Ese medio era... encontrar al verdadero asesino. Y hacerle confesar.

Dos cosas realmente fuera de su alcance. O eso parecía cuando menos.

Paseó por la estancia de desnudas y descoloridas paredes, como un tigre enjaulado, preguntándose cómo podía llegar al criminal. Sabía tan poco sobre éste, que ni siquiera conocía sus móviles o su identidad real.

Pero de algo estaba seguro: el asesino pertenecía a la IATB. Le conocía a él y conocía a Debbie. Sabía tanto de ellos como para saber qué sitios frecuentaba Dana McCoy antes de irse a Vietnam, qué motel acostumbraba a visitar con sus amiguitas, y otras muchas cosas que revelaban claramente su círculo de acción.

Era alguien de la emisora de televisión. Alguien a quien quizá él había tratado repetidas veces. Alguien con suficientes razones para matar a Debbie McCoy.

¿Strother Adams, acaso?

Pero el presidente de la IATB era el amante oficial de Debbie, incluso iba a persuadirla de que se divorciase para casarse con ella. Eso le alejaba del círculo de sospechas, a menos que algo hubiera cambiado de repente el signo de sus relaciones, conduciendo al magnate a un crimen brutal y sangriento.

¿Travis Dugan?

A espaldas de él, Dugan había medrado más que nunca. Ahora era el guionista de la IATB, y Debbie no había hecho nada por evitarlo. ¿Qué motivo podía tener para desear la muerte de quien en nada le perjudicó e incluso, tal vez, le ayudó a prosperar a costa de su propio marido ausente?

¿Duncan Garrett, el publicista y productor de programas patrocinados?

No parecía probable tampoco. Era un hombre áspero, brutal, y muy dado a liarse con mujeres, eso sí. Pero Debbie no se mezclaría nunca con un tipo como él, teniendo a Strother a su merced. Quizá él la deseara, pero era algo problemático todo eso.

¿Stella Diamond, la exestrella fracasada?

Ésa, sí. Tenía el motivo. Había sido desbancada por Debbie, estando ella aún en plena juventud, con treinta años recién cumplidos. La odiaba intensamente, y nunca se molestó en disimularlo. Ahora trabajaba en algunas series de segunda fila, con la National TV, pero no era nada al lado de cuanto hiciera antes.

—Creo que iré a ver a esa mujer —dijo bruscamente Dana, tomando una determinación—. Sé dónde encontrarla esta misma noche... y Dios quiera que tenga suerte.

Stella Diamond contempló con vivo estupor a su visitante.

—Usted... ¡Dana McCoy! ¿Se ha vuelto loco?

—Quizá. Necesitaba verla, Stella.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Se relaciona con cuánto me sucede. Con Debbie...

—¡Debbie! Por su culpa me marginaron en la televisión. Usted ayudó a eso, elevando a su mujer al estrellato y hundiéndome a mí. ¿Qué espera que haga ahora por usted, McCoy? Además, está perseguido. La policía le busca. La televisión ha transmitido varias veces su fotografía...

—Lo sé. Sé todo eso, Stella. Aun así, he venido a pedirle ayuda.

Stella Diamond le contempló, perpleja. Luego, dio unos pasos nerviosos por el gabinete de su casa de la calle Veintisiete. Parecía totalmente desorientada.

—Por lo único que me simpatiza usted, es porque mató a su mujer —dijo bruscamente—. Pero ayudarle a usted, significaría convertirme en su encubridora. Una idea que no me seduce en absoluto, Mac Coy.

—Stella, yo no maté a Debbie.

—No es eso lo que dice la policía...

—Claro que no. Todo me acusa, pero otra persona lo hizo. Tal vez odiase usted a Debbie, pero ella ha muerto ya, y ese odio no tiene sentido ahora. ¿Me odia también a mí, tal vez?

—No. Pero tampoco me simpatiza especialmente. Usted levantó a Debbie con sus guiones. Sin usted, ella no hubiera sido nadie.

—Sin mí, ella era más que nunca. Sabía arrimarse siempre a un buen árbol. Ni me amó a mí jamás, ni amó a Strother Adams. Sólo amaba su carrera. No me culpe de lo que sólo era ambición en ella. Y falta de escrúpulos para llegar adonde se proponía.

—Suponiendo que yo quisiera y poderle ayudar, ¿qué espera que hiciese en su favor? —preguntó ella de repente, parándose en seco.

Dana contempló su belleza, algo marchita, su rostro ovalado, de dulce expresión, que sabía también mirar con odio. Los ojos azules parecían ingenuos, pero tenían frialdad y malicia.

—Yo he perdido dos años de mi vida en las selvas vietnamitas, Stella. Perdí todo contacto con mi mujer. En ese tiempo, algo pudo suceder que moviera a una persona hasta el crimen. Usted pertenece al mundo de la televisión. En él se sabe todo. ¿Por qué no me cuenta algo que pudiera rumorearse, algo relativo a Debbie, que no fuese solamente su conocido romance con el presidente de la IATB? Ha de haber algo en alguna parte... Estoy seguro de ello, Stella.

—¿Qué puede ser ese algo, McCoy? Yo no tengo la menor idea. Su mujer era ya muy famosa, hacia los mejores programas para la televisión, sus telefilmes se vendían a todos los países del mundo, su rostro era conocido en todo el país, en el continente americano todo. Incluso en Europa, ya fuese Oriental u Occidental, veían sus programas de televisión. Todo eso, con la ayuda de Strother Adams, por supuesto. Yo no sé nada más. No he oído nada. Y era suficiente motivo de escándalo que estuviera engañándole a usted, mientras luchaba en Vietnam, para buscarle otros pies al gato.

—Y sin embargo, tal vez hubo algo más... Strother Adams no mataría a Debbie por celos o por amor. No me pareció nunca de esa clase de hombres...

—No se fíe nunca, McCoy. Un hombre encaprichado por una mujer, es capaz de todo, llegado el momento.

—Quizá, pero me resisto a creer que pudiera ser él... ¿No sabe de ningún problema entre ellos, no se rumoreó algo sobre algún devaneo de ella, sobre diferencias con Strother...?

—Que yo sepa, no. Y acostumbro a visitar los mentideros. Sobre todo, cuando se critica a personas como su difunta mujer. Lamento

decirlo ahora, pero siempre la odié con toda mi alma.

—¿Lo suficiente para... asesinarla? —preguntó suavemente McCoy.

Los azules ojos de Stella Diamond, helados e imperturbables, se clavaban en él con fijeza. Ella se limitó a murmurar con tono glacial:

—Sí. Llegado el caso... sí. Lo suficiente para asesinarla, McCoy. ¿Responde a su pregunta?

—Sí. Imagino que si lo hubiera hecho, tampoco me diría ahora que lo hizo.

—Claro. Sería ingenuo por mi parte, McCoy —rió ella burlonamente—. Pero no, no la maté. Creo que me falta valor para ello. Sólo por eso...

En ese momento, sonó la puerta de la entrada, allá al fondo, unas pisadas que se aproximaban, rápidas, y una voz sonora que hablaba:

—Stella, querida, hay buenas noticias. Creo que ya tengo conseguido que vuelvas a la IATB con un nuevo programa que puede ser el principio de...

Se interrumpió la voz, cuando se abrió la puerta del gabinete, y el recién llegado se encaró con Stella Diamond y su visitante. Una repentina palidez asomó al rostro del hombre.

—¡Dana McCoy! —jadeó—. ¿Qué significa...?

—Eso preguntó yo, Travis Dugan —silabeó duramente McCoy—. ¿Qué significa esto? ¿De modo que eres el amante de Stella, y has logrado que la readmitan, después de haber perdido a Debbie? ¿Qué clase de intrigas lleva a cabo en la emisora, mi querido colega?

El guionista de la IATB, parpadeó, trémulo, sin saber qué decir. Stella se echó a reír ambiguamente.

—Vamos, Travis, te han hecho una pregunta —le dijo—. ¿Es que tienes miedo de confesar lo nuestro? ¿Es un delito ser mi amante, tal vez?

—No, Stella, claro que no, pero..., pero ese hombre es un perseguido de la ley, un criminal... —tartamudeó Dugan, señalando a Dana.

—Sé todo lo que puedas decirme, como lo sabe toda la ciudad —repuso ella, desdeñosa—. El ha venido a saber algo sobre Debbie, no sobre ti o sobre mí.

—De todos modos, es una interesante posibilidad. Usted, Stella, ha confesado que no tendría valor para matar a Debbie, pero ¿lo tendría él para proporcionarle a usted el triunfo nuevamente?

—Eso que se lo diga él —rió con acritud la actriz.

—Sí, Dugan, ¿por qué no me lo dices? —sonrió a su vez Dana clavando sus helados ojos grises en el guionista que le plagiera las ultimas ideas—. Además de robar a los demás lo que idean, ¿qué otra cosa sabes hacer? ¿Eres capaz de subir a la vivienda de una mujer... y aplastarle el cráneo a golpes para darle una oportunidad a la mujer a quien amas?

—¡Estás loco, McCoy! —aulló Dugan, lívido—. ¡Tú la mataste, todos lo saben!

—Sería inútil discutirlo contigo, pero al menos tengo otro sospechoso: tú —se movió hacia la salida—. Supongo que no perderás tiempo en telefonar a la policía. Pero no esperes que me den caza tan fácilmente. No pienso entregarme hasta tener al verdadero asesino, ocurra lo que ocurra... ¿Has entendido, Dugan?

Y abandonó la casa de Stella Diamond, cerrando la puerta suavemente.

Luego, se puso rápidamente en acción, procurando alejarse lo antes posible del área urbana donde, no tardando mucho, numerosas patrullas policiales buscarían desesperadamente su rastro.

Jerry Miles se llevó un sobresalto cuando vio emerger de las sombras aquel rostro familiar.

—¡Dana! —jadeó, estupefacto—. ¿Qué haces aquí, bendito sea Dios?

—He pensado que, precisamente por ser el lugar al que nunca se me ocurriría venir, éste sería el menos vigilado por la policía, Jerry.

El encargado de la seguridad del edificio de IATB, miró a ambos lados con prevención, antes de tomar un brazo de Dana con firmeza, e ir con él a la zona en sombras, con toda la rapidez de paso que le permitía su leve cojera.

—Ven aquí, Dana —susurró—. Hace falta estar loco para hacer algo así, pero afortunadamente acertaste en tus teorías. Apenas si he visto en un par de ocasiones a un coche-patrulla deambular por ahí. Nadie imaginaria, y yo menos que nadie, que pudieses estar por estos alrededores, desafiando el peligro. ¿Qué andas buscando

ahora?

—Jerry, tú dijiste en los periódicos que confiabas en mí...

—Y era cierto, Dana. Confío ciegamente en ti. Sé que no eres culpable. Me lo dice mi instinto. De otro modo, no estaría hablando aquí contigo... —Bajó la cabeza, mirando al asfalto de la calle lateral, pensativo—. Hoy enterrarnos a Debbie, ¿sabes? Allí sí había policía, por si te arriesgabas a aparecer. Ha sido una ceremonia sencilla, pero patética. Pobre Debbie. Mi hermana tendría todos los defectos del mundo, lo admito. Pero era mi hermana. Y no fue agradable verla muerta...

—Lo entiendo. Yo no podía sentir ya nada por ella. Creo que en realidad nunca nos amamos ninguno de los dos. Pero no sólo daría caza al asesino por salvar mi cuello, sino por hacer justicia en este crimen abominable. Hay más, Jerry. Tenía coartada, una chica camarera de una cafetería... Estuvo conmigo toda esa noche. Pero ya no declarará nada. La mataron...

—¿Ese atropello del lugar donde tú golpeaste a una doctora...? —sugirió Jerry Miles, perplejo.

—Exacto. Lanzaron el coche sobre ella deliberadamente. Es otro crimen. El segundo.

—¡Cielos...! Es... es como una pesadilla espantosa. —Jerry Miles hundió la cabeza entre sus anchos hombros uniformados—. ¿Qué piensas hacer? Ese hombre debe ser muy peligroso...

—Lo es, Jerry. Muy peligroso. Capaz de todo con tal de quedar al margen de toda sospecha, de toda acusación. Si al menos supiera por qué mató a Debbie...

—¿Tienes idea de quién pudo ser?

—Tal vez el propio Adams, quizá Dugan... Es el amante de Stella Diamond.

—¿Dugan? Algo oír decir de eso. Stella dicen que vuelve. Ya ves qué pronto se olvida a los muertos, Dana... —Miró en torno, inquieto—. Bien, creo que es el momento de despedirnos, cuñado. Seguir aquí es una locura. ¿Qué puedo hacer para ayudarte? Entre los dos quizá lleguemos a descubrir al asesino de Debbie...

—¿Podrías visitarme en el Bowery? Ocupo una habitación miserable, donde me oculto de momento... Mañana te espero.

—No sé si mañana podré ir, porque a causa de todo lo sucedido, solicité unos días de permiso. He vuelto esta noche al trabajo, y tal

vez mañana no me autoricen a salir. Pero iré pasado mañana, sin falta.

—Sería tarde. Es mejor que nos veamos mañana mismo. Te espero aquí de nuevo.

—¿Aquí? ¡Es una locura! —rechazó vivamente su cuñado—. No, Dana. Es mejor que nos veamos en mi antigua casa. Está desocupada aún. Y conservo una copia de una vieja llave. Entraremos sin que nadie nos advierta, y hablaremos allí. ¿Recuerdas el sitio?

—Claro que sí. ¿A qué hora?

—A las siete de la tarde. A las nueve entro de servicio. Intentaremos planear algo para resolver esto de alguna forma, para buscar a ese criminal y desenmascararle. Confía en mí, Dana. Nadie desea más que yo terminar con el que se llevó a mi pobre hermana...

Estrechó la mano firme de Jerry Miles, y se apartó de su cuñado, que regresó con paso rápido hacia la puerta iluminada del edificio. Dana McCoy, rápido, corrió hacia el callejón inmediato para buscar un taxi y alejarse de allí.

Apenas había entrado en el callejón, cuando intuyó el peligro. Se volvió. Una sombra asomó al fondo del callejón. Hubo un fogonazo repentino, restalló una detonación de arma de fuego, y un impacto doloroso en su costado, le agitó dolorosamente.

Acababa de ser herido por una bala.

Rápido, se agazapó, al tiempo que otro proyectil zumbaba sobre él. Los estampidos atronaron el silencio callejero. No tardarían en llegar los patrulleros. Si no le remataba su agresor, tal vez podría escapar aún de la peligrosa zona...

Pronto comprendió que no le era posible.

No podía correr apenas. Estaba sangrando mucho. Un tercer disparo erró, al correr en zigzag, pegado al suelo, y luego oyó pasos alejándose rápidos, cuando el asesino se alejó antes de que llegase la policía.

Una sirena policial, demasiado próxima, rasgó la noche estridentemente.

Dana McCoy, malherido, tambaleante, sangrando de forma copiosa, se alejó una manzana para regresar con celeridad a la zona de sombra.

Dos coches-patrulla se aproximaban con rapidez, inundando de luz el callejón.

Empezó la cacería. Sabían que estaba por allí. Pronto sabrían que estaba herido.

Le darían caza inexorablemente. Era el fracaso final.

Pero se resistió a admitirlo.

Y subió una escalera, en un edificio próximo al de la televisión, en busca de un camino para huir.

En busca de la alta azotea del edificio...

TELÓN

—Dana McCoy... Es como el final de un drama sangriento...

—Es algo más que eso, Audrey —suspiró él, reteniéndola entre sus brazos—. Es la palabra FIN de un telefilme de los que yo podría escribir...

—Ahora podrás escribir muchos, cuando la IATB te ha vuelto a admitir, Dana.

—Sí, y es posible que ninguno supere en dramatismo a lo que acabamos de vivir tú y yo, querida...

—Sobre todo, tú. Estuviste tan cerca de la muerte...

—Pero ya sabes que en los telefilmes todo termina bien —rió suavemente Dana McCoy—. Y la vida, a veces, es un largo programa de televisión y nada más...

Se aproximaron sus bocas. Se unieron. Esta vez con fuerte pasión. Ya nadie fingía... si es que alguna vez había fingido alguno de los dos, durante la aventura en que llegaron a mostrarse como apasionados amantes.

Por las trazas, no parecía ser así.

Además, aquel beso era como en las películas de cualquier programa de televisión, el mejor momento para escribir la palabra FIN.

Era el fin.

Y el principio para ellos.

FIN

EPÍLOGO

Ya terminó la historia.

Como verán, no tiene solución final. Pero quien va a morir, no puede mentir ya.

Ahora, cuando llegue la policía, no me entregaré. Lucharé hasta caer. Hasta morir. Pero este *video-tape* será hallado sobre mi cuerpo. En un bolsillo de mis ropas. Lo reproducirán, y sabrán que hay un asesino que anda suelto aún. Que yo no maté a mi esposa, ni a Dewey Taylor; que yo no soy el hombre que buscan.

Ese auténtico criminal no se verá impune. Le buscarán, le acosarán. Darán con él, estoy seguro. El sabrá que no puede descansar tranquilo, que mi muerte no es su impunidad definitiva, como él esperaba.

Cierto que no puedo decir quién es el culpable, porque lo ignoro. Pero la policía llegará al fin de esta historia, descubrirá quién es el responsable de todo lo sucedido. Sabrá quién lanzó su coche contra Dewey y contra mí, y huyó de allí, tras despojarme quizá de mis documentos, caídos en el lugar del accidente, esperando que pagase las culpas de la muerte de Debbie. Sólo que él no podía esperar que sobreviviese Dewey, como así ocurrió.

Entonces, la sobornó para que no hablase. Y Dewey, asustada y coaccionada, cedió a las advertencias del asesino. Sólo que éste vigilaba y, apenas se dio cuenta de que ella hablaría, si yo la asustaba lo suficiente, fue a su encuentro con un automóvil, y la arrolló, matándola.

Todo está claro ya, excepto los motivos y la personalidad del culpable. Tengo que dejar ese trabajo a la policía. Yo no soy un investigador, después de todo. Sólo soy un guionista de televisión, y puedo idear una trama policíaca, pero no sé deshilvanar la madeja de un auténtico problema policial como éste. Por fortuna, recobré la memoria, gracias a los esfuerzos de la doctora Audrey Gabler, mi

querida y admirada Audrey, la única amiga y compañera, la única persona que confió en mí dentro de este horrible laberinto de sangre, de muerte y de mentiras en que me encuentro inmerso.

Y termino. Ya debo terminar. Me siento fatigado. El sudor empapa mi cuerpo. Es un sudor frío, viscoso. Siento temblores, la camisa está empapada de sangre, sé que debo estar lívido como un muerto, y más aún ante los focos de este set de televisión donde termino de grabar este vídeo póstumo que, si no para salvarme de un destino adverso, servirá, cuando menos, para dejar constancia de la verdad, para que una vez muerto yo, los demás sigan buscando, hasta qué el asesino caiga irremisiblemente, y pague sus delitos.

Ya no puedo más. Se terminará dentro de cuatro o cinco minutos la cinta del vídeo, pero ya no hace falta cubrir esos minutos finales. Ya terminó todo para mí. La policía no tardará en llegar. He oído varias veces sus sirenas en torno al edificio. Ahora recogeré el vídeo, lo ocultaré en mis ropas, y me iré a su encuentro para que me escuchen... o para morir.

Luego sabrán la verdad. Para mí, será ya demasiado tarde. Para el asesino... aún será tiempo. Tiempo de pagar. Tiempo de perder su partida, pese a todo. Pese a la bala que esta noche me clavó a mansalva, esperando asesinarme también a mí, silenciando así mi boca para siempre.

Cierto que pronto seré silenciado definitivamente. Pero no como el asesino imaginó. Habré hablado. Y mi voz sonará después de haber muerto yo...

Ya había terminado.

Respiré hondo, bajo el agobiante calor de los focos del set. Me dispuse a apagarlos y a interrumpir la grabación del vídeo.

Entonces sonó, desde algún lugar, allá en las sombras, tras los focos del estudio, tras la cámara de filmación de vídeo.

Una voz fría, risueña, dura y burlona:

—Muy bien, Dana McCoy. Ha sido genial. Tu mejor guión. Además, dirigido, realizado y representado por ti mismo. El programa cumbre de la IATB. ¡Lástima que nunca, nunca, llegará a verse en las pantallas de televisión del país! Hubiera resultado patético y admirable... El más original guión de todos los tiempos, sin duda alguna. Y grabado en directo, eso sí...

Una risa burlona remató el comentario en aquella gélida voz que

ya acababa de identificar, incluso antes de que su dueño saliera de la zona de sombras del estudio desierto para, calmosamente, situarse también bajo los focos, ante el objetivo de la cámara de televisión, como un personaje más, como otro auténtico protagonista del extraño e improvisado guión que yo acababa de representar allí para un público inexistente.

Le miré, estupefacto. No quise creerlo, pese a que me estaba encañonando con un revólver amartillado, y pese a que su gesto distaba mucho de ser amistoso o cordial.

Le espeté con voz ronca, dando un paso atrás:

—No serás tú... *el asesino*.

El se echó a reír. Asintió, alzando unas pulgadas el revólver y fijando su negro orificio del cañón justo ante mi cabeza.

—Sí, Dana —dijo sarcásticamente—. Soy el asesino. Y he venido a matarte. Este vídeo que acabas de grabar con tu confesión y el relato de los hechos, tal como realmente sucedieron..., jamás será visto ni escuchado por nadie. Perdiste tu tiempo... y me diste la ocasión que necesitaba para terminar contigo de una vez por todas. Lo siento, Dana.

Perdiste, después de todo.

—Pero tú... ¿por qué, precisamente, *tú*? —gemí.

—Muy sencillo —rió—. Porque era el único que tenía un motivo de verdad para matar a Debbie McCoy.

—¡Tú! —susurré—. Su propio hermano...

—No —me rectificó fríamente Jerry Miles, el encargado de seguridad nocturna dentro del edificio de la IATB, enarbolando siempre su reglamentario revólver ante mis ojos—. Sólo hermanastro, Dana... Mi sangre no era la suya. Ni la apreciaba en absoluto. Aun así, no hubiera querido matarla. Pero ella se lo buscó...

Y Jerry Miles, mi propio cuñado, rió entre dientes, con una mirada cruel y helada, fija en mí. Una mirada donde yo leí la muerte inmediata e inexorable.

—¿Qué vas a hacer ahora?

La pregunta era serena, fría, pese a la terrible situación en que me hallaba. Resultaba innecesaria, porque la respuesta la imaginaba. Y él no se anduvo con tapujos al dármela:

—Matarte, Dana.

—Será otro crimen en tu lista.

—¿Qué importa uno más? Cuando se ha matado una vez, da igual que sean dos. O que llegue uno a tres, a cuatro... a lo que sea.

—Pero, Jerry... Aun siendo su hermanastro solamente... no deja de ser un crimen abominable...

—También ella era abominable, Dana —me replicó ásperamente con un destello colérico en sus ojos—. No sólo porque se entendiera con Strother Adams o con cualquiera que pudiese hacerla subir en su carrera, sino porque era ambiciosa, cruel y fría como un reptil. Obtuvo cuánto quiso con el juego que yo le propuse, pero no tenía suficiente. Siempre exigía más. Y yo se lo daba. Sabía, o creía saber, que me tenía en sus manos, que me era imprescindible, y aprovechaba la ocasión, sin pensar que incluso yo podía cansarme de ella, cuando sus exigencias fuesen demasiado grandes.

—Pero ¿qué juego era ése, Jerry?

—Bueno, ya tanto da que lo sepas —resopló Jerry Miles, mirándome despectivo—. Tú vas a morir, y ese vídeo pasará a mis manos, desapareciendo para siempre. Diré que vi un intruso en la emisora, que le di el alto y se resistió... y tiré a herir, teniendo la desgracia de matarte. Lo lamentaré mucho, incluso lloraré... y la mejor corona en tu funeral será la mía, eso sí. Pero todo habrá quedado impune, que es lo que importa.

—Imaginaba eso. Pero sigues sin decirme qué hacía Debbie para que tú accedieras a sus exigencias...

—Es simple. Y complicadísimo, sin embargo: sus telefilmes eran los únicos que se exhibían en el este, de la productora de televisión IATB. ¿Lo entiendes? En el este de Europa, me refiero. Algunos países están metidos en esto, y yo cobro de todos ellos, como agente suyo aquí. Me entregan información confidencial, militar o política, que debo transmitir a esos países. Y ¿qué mejor solución que los *video-tapes* grabados aquí con programas de Debbie McCoy, cuya exhibición se da luego en todos esos países?

—Temo no entenderte... ¿Debbie transmitía esos mensajes, quizá?

—Debbie no podía hacer tanto, porque hubiera significado la complicidad del guionista también, y ello complicaba y hacía más peligrosas aún las cosas.

—¿Entonces...?

—Era un procedimiento mucho más ingenioso. El pase, a ultravelocidad, de ciertos gráficos de microfilmes, insertados en las imágenes, resulta virtualmente invisible e inapreciable para cualquier espectador, e incluso para la propia emisora. Sin embargo, esos fotogramas de brevísima duración, pasados a una velocidad enorme, en una fracción infinitesimal de segundo, no se graban en la retina humana, pero sí en un aparato grabador de vídeo puesto a ritmo lentísimo. De esa forma, insertado en la filmación, una vez en el país interesado, los expertos obtenían la copia del fotograma insertado.

Ese trabajo lo hacía yo aquí, por las noches, en ausencia de los montadores de la emisora, y nadie advertía la operación en las cintas de vídeo.

—¿Y dónde entraba Debbie en ese trabajo? —quise saber—. Ella era sólo una actriz, no una montadora de programas...

—Pero ella, con cierto gesto ante la cámara, era la que señalaba a los encargados de captar la imagen, que llegaba el momento de la inserción. Tras cada determinado rictus de su cara, yo incluía el inserto ultrarrápido. Los agentes de esos países recogían fielmente la grabación, al estar alerta, sin necesidad de fallos que podrían desvirtuar la reproducción de planos, mapas, informes secretos o documentos confidenciales, mensajes de urgencia o lo que fuese transmitido. En suma, Debbie era la encargada de lograr que la recepción del mensaje en los repetidores de vídeo extranjeros, fuese perfecta.

—Ya veo. Y ella, sabiendo la importancia de su labor, exigió más...

—Así es. Se le fue concediendo, hasta que resultó imposible aceptar sus exigencias disparatadas. Recibí orden de mis aliados de Europa del Este. Debía eliminarla inmediatamente. Y lo hice, aprovechando tu llegada. Nadie sospecharía otra cosa que un crimen pasional. Luego, te vigilé. Te vi ir con una chica, y recordé que ibas antes al motel aquél. Te seguí, te atacué para matar a tu compañera, inesperado testigo que favorecía tu coartada, pero eso falló y tuve que sobornar a la chica, aunque eso no me gustaba. Luego tuve razón. Ella hubiera cedido a tus exigencias diciendo la verdad. Tuve que arrollarla. Por eso pedí estas noches permiso, ¿lo

entiendes? Debía vigilarla a ella... y luego, cuando escapaste del Centro Médico, tuve auténtico miedo de que llegaras demasiado lejos en tus pesquisas.

—Ya ves si he llegado: hasta ti mismo... Aunque ya antes, apenas te dejé, fuiste tras de mí y disparaste... Eres un criminal nato, Jerry. Ni siquiera te justifica el hecho de que Debbie no fuese hermana tuya. Aunque lo hubiera sido de verdad, estoy seguro de que la hubieras matado...

—Así es, Dana —sonrió duramente Jerry Miles—. Cuando se lucha por una idea y por el dinero que reporta esa idea... se hace lo que sea. Incluso matar a los demás. Incluso matar a quien más se quiere. Pero yo nunca quise a Debbie. Porque ella tampoco quiso jamás a nadie. Ni siquiera a ti...

—Aun así, a ella la perdono, Jerry. A ti, no —dije secamente.

—No me importa mucho —rió él—. Bien, Dana. Se termina tu guión con un final que no escribiste tú. Este final: el que yo he puesto... Adiós, Dana McCoy. Éste es el fin de la trama...

Alzó el arma una pulgada o dos. Iba a apretar el gatillo...

—Sería inútil, Jerry Miles. No dispare. Quizá matase a Dana McCoy. Pero no impedirá ir usted mismo a la silla eléctrica o a presidio de por vida. Su confesión no sólo está grabada en ese vídeo. Media ciudad ha asistido a ella en estos momentos...

Mortalmente lívido, Jerry Miles juró entre dientes. Giró la cabeza, con estupor, mirando a las sombras del estudio que, repentinamente, en silencio, se habían poblado de sombras en movimiento.

Algunas de ellas asomaban al campo de luz. Eran rostros conocidos para Dana: la doctora Gabler, el doctor Wise, el teniente Mulligan, de Homicidios, Strother Adams, policías uniformados, cuyas armas encañonaban a Miles...

—Pero ¿qué significa? —jadeó Miles, crispado, temblándole la mano armada.

—Significa que Dana McCoy no sólo puso en funcionamiento el vídeo para grabar la escena sino que, inadvertidamente, pulsó el resorte de salida de emisión al exterior, y por el Canal Siete se está transmitiendo a toda la ciudad que tuvo abierto un televisor cuanto él confesó y cuánto aquí sucede —dijo la voz dura de Duke Sherman, realizador-jefe de la IATB, apareciendo en escena—.

Miles, será inútil resistirse. Éste... guión... ha sido visto y está siendo visto por toda la ciudad, lamas un asesino confesó su crimen y sus motivos ante tanto público...

—Yo les avisé —dijo la doctora Gabler, señalando al teniente de Homicidios—. Pero él ya lo sabía. Otros telespectadores trasnochadores habían captado esta emisión y bloqueaban, con sus llamadas, al departamento de policía de la ciudad...

—Cierto —asintió Mulligan, arma en mano, moviéndose hacia Jerry Miles—. La verdad es que nunca imaginé que tanta gente, durante la noche, anduviese con el dial de la televisión, buscando nuevos canales para ver... Miles, tire ese arma. Será lo mejor que puede hacer... ¡No, *no haga eso!*...

La doctora Gabler emitió un grito de horror y cerró los ojos.

Y los numerosos telespectadores que, en la ciudad de Nueva York habían captado el Canal Siete en una emisión fuera de programa, extraña y asombrosa, pudieron presenciar, horrorizados, el momento en que Jerry Miles aplicó el pesado revólver a su boca, y apretó el gatillo, volándose los sesos.

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

